

Libros del Asteroide



Aki Ollikainen

El año del hambre

Traducción de Luisa Gutiérrez



Aki Ollikainen

El año del hambre

Traducción del finés de Luisa Gutiérrez Ruiz

Libros del Asteroide 

Índice

Portada
Prólogo
Octubre 1867
El libro de Matalena
El senador
Diciembre 1867
El libro de Marja
El senador
El libro de Juho
Abril 1868
El senador
Epílogo
Colofón

Primera edición, 2018

Título original: *Nälkävuosi*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Aki Ollikainen 2012

Published by arrangement with Siltala Publishing, Finland

© de la traducción, Luisa Gutiérrez Ruiz, 2018

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: El río Ivalo en Hammastunturin, Finlandia.

Fotografía del autor: © Laura Malmivaara

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-70-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Libros del Asteroide agradece la ayuda del FILI-Finnish Literature Exchange.

F I L I FINNISH
LITERATURE
EXCHANGE

Prólogo

Los escálamos chillan como un pájaro.

En el fondo de la barca yacen dos lucios flacos, que más que peces parecen serpientes. Ya no colean, con este frío se han quedado tiesos. Por las mandíbulas entreabiertas todavía les chorrea sangre, lentamente, que se mezcla con el agua y forma finas florituras a los pies de Mataleena.

Mataleena mete la mano en las aguas gélidas del lago y la deja flotar junto a la barca, ociosa, hasta que comienzan a dolerle las articulaciones. El viento entresaca ondas en la superficie del agua, el cielo se refleja moteado, fragmentado, como si lo hubieran quebrado a golpes.

Juhani estira el cuello como una grulla; mira al cielo. Mataleena observa el pescuezo nervudo de su padre, luego el fino caballete de la nariz, y finalmente levanta la vista al cielo, una inmensa cuchara de plata que desciende sobre el lago.

—Ya vuelan hacia el sur —suspira Juhani.

—¿Quiénes?

—Los cisnes.

—Yo no veo ningún pájaro.

—Es que ya se han ido.

La mirada de Juhani se posa en Mataleena.

—Pero al menos hemos conseguido pescado.

Juhani arrastra la barca entre los arbustos. Marja ha salido a recibirlos; deja a Juho en el suelo y Mataleena toma a su hermano pequeño de la mano. Marja se asoma a la barca.

—Qué flacos están.

Los árboles de la otra orilla se reflejan negros en la superficie del agua. De algún lugar llega el aullido de un colimbo ártico. Pronto, también él emprenderá el vuelo hacia el sur.

Caminan a través del bosque por un sendero estrecho. Cuando Marja se agacha para buscar arándanos rojos, se oye un siseo rápido, airado, como si un tizón candente cayera en el agua. Marja chilla, salta hacia atrás; sus pies no encuentran tierra al descender y se desploma de costado entre las ramitas. Primero distingue los arándanos, lívidos por el azote de las noches de frío intenso, como puntos difusos. Luego escudriña en la dirección del siseo y poco a poco el ovillo negro comienza a adquirir la forma de una culebra. Sus ojos contienen el color de una baya escarchada, los dos colmillos son como carámbanos. Pero la víbora no ataca, solo sisea.

Juhani avanza a grandes pasos con una gran piedra levantada en alto, sobre la cabeza. Entonces ataca. La serpiente queda aplastada bajo la roca.

De un soplo, Marja libera el aire que el miedo había encerrado en su estómago. Juhani le tiende la mano y la ayuda a incorporarse.

—Pobre bicho, ya estaba aterido. No tenía escapatoria.

Marja observa el pedrusco, le parece ver la culebra a través de él.

—¿Está viva todavía?

—No —responde Juhani, y se agacha para levantar la piedra.

—¡Por amor de Dios, no! Déjalo. No quiero verla.

—Está bien, que se quede ahí.

Se oye un suave chisporroteo cuando el extremo ardiente de la tea toca el agua del balde. La tenue luz aún tiene fuerzas para dibujar la sombra de Juhani sobre los troncos de la pared cuando este se incorpora del catre, le levanta el vestido a Marja, posa la mano sobre su rodilla y le separa las piernas. Marja agarra su miembro en erección. También a ella le apetecería, pero el miedo es mayor incluso que el deseo ardiente. ¿Y si se queda embarazada? Más bocas que alimentar en esta miseria. Y así empuja a Juhani de regreso al colchón. Él suspira, tratando de ocultar su decepción.

Marja mueve la mano despacio, de arriba abajo, mientras aprieta el miembro de Juhani. Él deja escapar un débil gemido. Ella se lleva la otra mano entre las piernas. Juhani termina primero. Marja se muerde el cuello del camisón, las olas recorren su cuerpo. Cuando han pasado, la sensación es otra

vez de vacío. Acaricia el miembro flácido de Juhani y piensa en los lucios flacos.

Octubre 1867

Hay que sacrificar al peón. Si no, la reina blanca arrinconará al rey y el alfil no llegará a tiempo al rescate. Todavía está a unos movimientos.

Lars Renqvist no tiene más remedio que admitir que la situación sobre el tablero parece desesperada. Teo, nervioso, tamborilea con los dedos en el borde de la mesa.

—¿No te rindes aún? —le dice a su hermano—. Dejemos la partida por ahora y retomémosla en otra ocasión.

—Está bien. La acabamos en la próxima visita —responde Lars.

Teo observa divertido el rostro de su hermano mientras este sigue escudriñando las piezas sobre el tablero. Nota que Lars ha aprendido a fruncir el ceño como su adorado superior en el Senado.

—En mi opinión, ese senador tuyo está equivocado —dice.

—Tú no entiendes la esencia de este pueblo —suspira Lars, al tiempo que se levanta para servir ponche en vasos pequeños. Le ofrece uno a su hermano y continúa—: a la gente hay que darle trabajo. Si se le llena el granero a cambio de nada, este no tendrá fondo. Nuestro deber supremo es procurarles trabajo a aquellos que no lo tienen.

—El trabajo resulta de bien poca utilidad y no da sus frutos si no hay comida que comprar con el salario.

Lars se irrita. El senador ha obtenido un préstamo sin garantías de la casa bancaria Rothschild. Y se lo han concedido únicamente gracias a la buena reputación del Estado. Es una confianza que no ha de deteriorarse perdiendo los nervios ante el primer contratiempo.

—No me cabe en la cabeza que no lo entiendas —dice Lars, enojado.

En ese instante se abren las puertas del salón y Raakel entra con la bandeja del té, que coloca en la mesita. Justo a tiempo. Lars toma aliento y se apacigua ante la mirada tierna de su esposa.

Teo piensa que Raakel es más sensata que su hermano. Si alguien hubiera tenido la ocurrencia de pedírselo, seguro que para entonces ella ya

hubiera resuelto el problema de los mendigos. Le hubiera pedido a todo el mundo que regresara a sus hogares: habrá comida en cuanto encontremos un puchero lo suficientemente grande. Solo hay que tener paciencia y esperar.

—La idea era gestionar la compra del cereal de emergencia a través de comerciantes. Esa era la propuesta del senador y llevaba toda la razón. No es culpa suya que los comerciantes no hayan sido lo suficientemente diligentes —aclarar Lars, como un padre paciente que explica lo mismo a su hijo por séptima vez.

—No dio tiempo a adquirir nada de cereal. Y puedes pedirle a un comerciante que alimente a los pobres tanto como le pedirías a un pastor que le entregue la camisa al prójimo —replica Teo.

La mención de los curas hace que Lars guarde silencio un instante, y Teo supone que su hermano aún siente cierta culpabilidad porque ninguno de los dos cumpliera el gran deseo de su padre y se dedicara a la teología.

—Por lo que a mí respecta, conozco a uno que estaría bien dispuesto a renunciar a su camisa por las putas del barrio de Punavuori —interviene Raakel.

—Soy el médico de los pobres, igual que el gran Paracelso —responde Teo extendiendo los brazos.

—Entonces las putas de Helsinki no tienen de qué preo cuparse, con nuestro Paracelso velando por ellas.

Lars suelta una carcajada. Raakel, exultante por su victoria, cierra la puerta de un portazo al salir. También Teo se divierte al imaginar que en los labios de Raakel se está dibujando una sonrisa triunfal al haber sido ella quien ha pronunciado la última palabra. Qué buena madre sería si no fuera estéril. Aunque el problema bien podría tenerlo Lars, piensa Teo; quizá su familia esté condenada a extinguirse con ellos.

Tal vez sea ese el quid de la cuestión. La hambruna elimina a los más débiles de la nación, igual que un jardinero poda las ramas podridas de un manzano.

Una vez que Teo se ha ido, Lars se concentra de nuevo en la situación sobre el tablero. Con el peón podría ganar tiempo para unos cuantos movimientos más, pero hasta para acabar en tablas sería necesario que su hermano cometiera un error garrafal. La partida está perdida y Lars supone

que Teo la ha dejado a medias a propósito, tal vez con la intención de que él tuviese tiempo de estudiar la situación y comprender lo desesperado de su posición.

A su mente acude la expresión de agónica crueldad del senador cuando dijo, irascible:

—¿El asistente de cuentas tiene algo que añadir? He dictado mi mensaje, ¡vaya a entregarlo!

De eso hace ya un mes. Lars se había quedado de pie en el umbral del despacho del senador; apretaba en la mano el telegrama enviado por el gobernador Alftan, cuidándose, sin embargo, de no arrugarlo, pues el senador se reservaba para sí el derecho de estrujar los telegramas y arrojarlos al suelo en un arranque de cólera. En el norte se había acabado el cereal y Alftan requería auxilio urgente. Lars solo era el insignificante mensajero, pero el senador dirigía contra él su enojo. Tal vez la situación allí era verdaderamente desesperada, se había atrevido a sugerir Lars, a lo que el senador había respondido que seguramente, por lo menos en lo que respectaba a la gestión financiera. Lars había salido del despacho entre juramentos, y en un principio se había odiado a sí mismo, su actitud vacilante, y luego había odiado a todos los Alftanes del mundo, burócratas que, llegado un contratiempo, mostraban debilidad y se doblegaban ante el primer viento fuerte y dejaban solo a un hombre de la talla del senador, solo frente a la tormenta. Por último, había maldecido a los estúpidos campesinos del interior, a los holgazanes, gordos propietarios de haciendas que ponían a sus jornaleros en la calle para que a ellos les quedara más, cuando hubiesen debido alimentar a sus pobres, ya fueran asalariados o mendigos.

—Se acabó por este otoño —anuncia Raakel.

Lars se espabila y mira interrogante a su esposa. Ella está de pie junto a la rosa china y acaricia con delicadeza sus hojas verdes.

—Hace más de una semana que no echa ni una flor.

—Vaya, antes daba flores hasta después de Todos los Santos, ¿no?

Lars se esfuerza a levantarse de la silla y se acerca a su mujer. Cada vez que la rosa china comienza a hibernar, a Raakel la abate la misma melancolía, y otra vez no tiene nada a lo que consagrarle su calor y afecto. ¿Y si ya no florece más? El mismo temor todo el invierno, la misma frase cada vez, cada

año, cuando Lars regresa del trabajo y encuentra a su esposa acariciando las hojas de la rosa china.

—Bueno, entonces florecerá en primavera de nuevo.

—Quizá, quizá. Pero es que estos días todo lo hermoso parece marchitarse.

Un hombre con turbante cabalga por el desierto con una doncella de rostro velado en el regazo; de fondo, los rayos del sol poniente bañan de oro un palacio.

Cecilia está desnuda, se pone en cuclillas sobre la jofaina y se enjuaga entre las piernas. Los hilillos de agua resbalan por el oscuro vello púbico. Los pequeños rizos se estiran, de su extremo caen gotas en la palangana. Cecilia endereza la espalda, posa las manos sobre las rodillas y abre las piernas un poco más. La vulva aún está abierta de resultados del coito.

—Pareces bobo con la barbilla colgando —advierte.

Teo le alarga un paño de lino con el que ella se seca entre las piernas.

—¿Cómo te llamas? Quiero decir, ¿cómo te llamas de verdad?

—¿Es que Cecilia no te vale? Me llamo Elin. Pero Madame quiso llamarme Cecilia. En realidad, era Cecile.

—¿Y de verdad eres sueca, de Dalecardia?

—Sí.

Dentro de una hora, la mujer podría ser Ulrika, de Polonia, si así se lo piden. Empuja la palangana bajo la mesa, con la grupa levantada hacia Teo, más alta de lo necesario. Con su exhibición, logra lo que se propone. Teo trata de darle la espalda, pero los pies parecen estar clavados al suelo; los ojos, en las nalgas desnudas; en su piel blanca aún se distinguen las marcas rojo pálido del colchón. Sabe que tengo que irme, piensa Teo. Algo le oprime el pecho. Cecilia toma la bacina de porcelana junto a la jofaina y se agacha sobre ella. La visión de una mujer meando le parece excitante, pero Teo decide que no permitirá que ella gane la partida. En todo caso, no desea mostrar su derrota.

—Tú lo que eres es una campesina, y de eso no te libras.

—Pues esto tampoco es precisamente San Petersburgo. Tu ciudad natal es un pueblucho encima de un miserable islote.

—No lo he dicho con mala intención. Me refería a que eres lo que eres.

—¿Que soy? ¿Una campesina? ¿Por qué querría serlo? Tal vez seas tú quien lo quiera, no yo.

Teo la ayuda a ponerse el corsé y observa cómo el busto de la mujer asciende cual pan caliente al tensar las cintas.

Cecilia se sienta delante del tocador y se recoge el pelo en un moño. Una rama desnuda raspa la ventana movida por el viento. Al otro lado, nubes grises se espesan despacio en el cielo. Las primeras gotas aciertan en el cristal y resbalan.

—La verdad es que no apruebas lo que hago. Por eso quieres convencerte de que únicamente soy una inocente campesina. ¿Por qué crees que estoy aquí? Si me amas, amas a una puta. ¿Estás preparado para eso?

Teo no responde. Observa concentrado si los riachuelos surgidos de dos gotas de lluvia se alcanzan uno al otro antes de morir en el marco de la ventana.

Cecilia le da un suave beso en la mejilla.

—Pagas para poder acostarte conmigo, aunque podrías venir a por mí, llevarme a tu casa y tomarme gratis.

—No puedo caminar por ahí públicamente del brazo de mujeres semimundanas.

—Pero si yo solo soy una inocente campesina de Dalecardia —responde Cecilia adoptando de pronto un tono de burla gélida.

—Venga ya. Bien sabes lo que dirían. No podría volver a ejercer de médico en esta ciudad.

—¿Acaso crees que ellos no lo saben ya? Sean quienes sean esos ellos.

—Yo no pago por esto —alega Teo.

Cecilia ya está completamente vestida. Se sienta en la única butaca de la habitación y con un gesto acostumbrado cruza una pierna sobre otra. Esa posición es adecuada para que los hombres de clase se dirijan al servicio, pero en una mujer no resulta apropiada, opina Teo, y aun así, en Cecilia se ve natural. Teo se guarda las manos en los bolsillos para que no le queden colgando delante de una ramera orgullosa como si fuera un insignificante

cochero. Se balancea cambiando el peso de los dedos de los pies a los talones y al revés, igual que hacen a veces Matsson y otros hombres del puerto.

—Cierto, le haces un favor a la señora. Proteges su reputación, ella puede presentarle al médico de la revisión unas chicas sin infecciones. Y como favor a cambio, me acuesto contigo. Eso, querido Teo, es una transacción comercial.

—Lo hago por ti. Y porque me preocupas, tú y las otras.

—Te creo. Todo esto lo haces por mí. Aunque mi mundo lo visitas un instante muy breve. Y yo el tuyo, nunca.

Es demasiado aguda para ser una campesina, piensa Teo, y todo menos inocente. Jamás puede estar seguro de cuándo habla Elin, cuándo Cecilia, y si acaso existe alguna diferencia.

—¿Quién eres? ¿Elin o Cecilia?

—Aquí siempre soy Cecilia.

—Entonces, ¿habría que ir a buscar a Elin a Dalecardia?

—Elin está muerta.

—¿Y no se la puede resucitar?

—Solo tú tendrías el poder para hacerlo, pero no eres capaz. No eres ningún Jesús. Te falta coraje.

Alrededor de Teo, la habitación se encoge y se torna angosta. La sonrisa de la princesa beduina está vacía, es una sonrisa forzada por exigencias del papel. Por eso tampoco el jinete se ríe. Su seriedad no es consecuencia de una majestuosa calma. El autor de la imagen se ha dibujado a sí mismo tras comprender que la escena se ha fijado para la eternidad y que el palacio a orillas del desierto es tan solo un espejismo.

—Al cartero le machacaron el cráneo de un solo golpe. Le rajaron la piel de la espalda para poder desollarlo. La sangre corría como un reguero cuesta abajo, por la colina de los gitanos. Fue Janne Halli, un tipo de carácter impetuoso, moreno y de buen ver. Casi tan duro como los mejores matones de Ostrobotnia. Aunque no tanto, esa clase de hombres no se da en ninguna otra región. De allí procedo también yo —concluye el canijo su historia sobre el robo con asesinato en Kuorevesi.

A Teo le resulta difícil estimar la edad del desconocido. La voz y las palabras son las de un joven inmaduro, pero el rostro surcado de arrugas, propio de un viejo granjero. Teo recuerda haber leído sobre el asesinato del cartero en el *Dagbladet*, suceso que había agitado al gran ducado entero. Al fin y al cabo, la víctima había sido un funcionario del Estado.

—*Por los hielos de Kuorevesi trota el zaíno de Janne Halli...* — comienza a canturrear el ostrobotnio.

La cancioncilla se interrumpe cuando un enorme polaco se desploma sobre el banco junto a él, lo envuelve con el brazo y comienza a cantar algo en su idioma. El viejo trata de apartar a empujones al extranjero, que en su embriaguez ni siquiera repara en el forcejeo del más pequeño.

—*Doktor, doktor, doktor* —balbucea el polaco, y dirige a Teo una mirada vacía.

Teo sabe que ofreciéndole bebida se deshará de él más fácilmente. Llama con gestos a la posadera y pide que traiga aguardiente. Al escucharlo, el hombrecillo que se ha presentado como ostrobotnio estira el pescuezo y gira la cabeza, alarmado, buscando con la mirada a la tabernera.

—Para ti nada —espetea ella.

Teo pide, sin embargo, que le sirva también, y el tipo alarga su taza embelesado.

Después de conseguir alcohol, el polaco repara en una mujer sentada en la mesa de la esquina, se incorpora y se tambalea hacia ella. La mujer le echa de inmediato los brazos al cuello y ríe a carcajadas mientras él le manosea los pechos. Su acompañante hace caso omiso, se limita a sonreír y se reclina contra la pared. Por el borde de la bota le asoma un cuchillo en el que Teo se detiene un instante de más.

El hombre lanza una mirada al médico, se frota la barbilla, tira a la mujer de la manga y cabecea en dirección al desconocido. Comienza entonces ella a mirar a Teo con ardor y se pasa despacio la lengua por los incisivos. El gesto pretende ser seductor. La mujer se libra del polaco.

La tabernera simula no notar el apuro de Teo, quien tampoco encuentra amparo en el viejo, que ahora cuchichea sobre Janne Halli a la gota de licor en el fondo de la taza.

Cuando la mujer se incorpora, el polaco se derrumba sobre la mesa.

En ese momento, Matsson hace su entrada en la taberna y, de un par de zancadas, cruza la pequeña sala. La mujer lo mira decepcionada, luego mira a su acompañante, pero este se limita a dar manotazos en el aire con aspecto resignado. Entre coqueteos, la mujer se dispone a despertar al polaco.

—Bueno —gruñe Matsson, y sonríe como un lobo.

Empuja al extremo del banco al ostrobotnio, que le devuelve el empujón, pero entonces reconoce a Matsson y agacha la cabeza entre sus estrechos hombros como un perro sorprendido en una fechoría delante de su amo. Matsson pertenece a ese grupo de personas cuya naturaleza afable no se nota por fuera.

—En realidad no tengo ningún asunto que tratar —reconoce Teo, casi avergonzado.

Tras dejar la Alhambra y a Cecilia, Teo había estado un rato en la plaza del mercado. El viento del mar soplaba allí fuerte y él contemplaba las grandes olas de cresta espumosa rompiendo en las rocas de Katajanokka. Le daba la impresión de que las casuchas miserables del barrio no resistirían la tormenta si él no aguardaba de pie a su lado, si no extendía los brazos con gesto protector y aplacaba al mar despiadado. No le apetecía regresar a casa, dar vueltas por cuartos vacíos añorando a Cecilia, que parecía igual de inalcanzable en cada visita.

Las nubes se movían bajas, lo oprimían todo con su fuerza irrevocable, parecía como si la península sobre la que descansaba la ciudad fuera a rendirse pronto y las masas de agua fueran a barrer Kalliolinna entre murmullos, y también el observatorio astronómico. Acompañadas de un solemne bramido, ahogarían la iglesia de Nikolai con sus cúpulas y el senado. La nueva catedral ortodoxa se desplomaría entre las olas con gran estrépito. E, inadvertidamente, el mar arrastraría a su paso los burdeles del barrio de Punavuori, las endebles paredes de tablas se esparcirían por las olas convertidas en astillas. Allí desaparecería El Infierno Verde, allí se desvanecería la Alhambra. Y Cecilia.

Teo veía el cabello rojizo flotando en las profundidades como una sinuosa planta acuática, la falda se inflaba cual cuerpo de medusa y el mar

transportaba el cadáver, sin vida pero hermoso, más allá de navíos hundidos, más allá del cabo de Hanko y las islas Åland, en dirección Estocolmo.

Pero Cecilia jamás alcanzaría su hogar en Dalecardia. Junto a una isleta batida por el mar, su cuerpo quedaría atrapado en la red de un pescador, que la sacaría del agua, contemplaría a la sirena muerta y esbozaría una expresión de extrañeza en su curtido rostro.

Ya en Katajanokka, Teo había acabado desviándose a una taberna, allí se había sentido inseguro y había enviado al hijo de la tabernera a buscar a Matsson.

—¿Entonces qué? —pregunta Matsson, asombrado.

—Es solo que... quería verte.

—Por desgracia no tengo tiempo para quedarme aquí mucho más. Además, tengo un asunto para el señor doctor —dice Matsson, y se levanta.

La tormenta ha amainado. La ciudad ha ganado una batalla; la punta de la cúpula de la iglesia ha logrado rajarse en la cortina de nubes agujeros por los que se vislumbra la luna.

—Si yo fuera el señor doctor, me sentaría al calor de la chimenea a beber licor con otras gentes instruidas y no andaría malgastando el tiempo aquí, en las tabernuchas de Skatta.

—¿Has dicho que traías un asunto?

—Sí, cierto. Tengo conmigo... una mujer. No es familia, pero me la traje como una especie de favor de amistad. ¿Podría el señor doctor... echarle un vistazo, para ver si está bien? Que no tenga...

—Enfermedades venéreas.

—Justo.

En la penumbra, Teo ve los labios de Matsson formando las palabras «enfermedades venéreas».

—Se lo recompensaré al doctor. Pero lo que es dinero, ahora no tengo.

—Bueno, ya se nos ocurrirá algo, ¿verdad?

—Aunque en cierta manera ya se lo he pagado. Con una palabra de advertencia al señor doctor, pues ese marinero polaco tendrá suerte si únicamente se despierta sin dinero y sin ropa en la playa.

—Dinero ya no debía de tener nada. Y sin ropa lo cierto es que se moriría de frío. Y hasta con ropa también.

—En ese caso, supongo que será más afortunado si se despierta en el mar. O si no se despierta —constata Matsson.

Un perro con aspecto de haber sido apaleado sale de un brinco de detrás de un edificio torcido. Arrastra una de las patas traseras. Se asemeja a su dueño, y no tiene otro dueño que el barrio de Katajanokka, sus casuchas de tablas improvisadas con prisa que tras cada ráfaga de viento parecen escorarse en una nueva dirección. La barraca de Matsson no difiere del resto de miserables hogares del arrabal.

Dentro, una muchacha sentada al borde de la cama se pone de pie y hace una reverencia. Apenas ha cumplido los veinte. Matsson le alcanza a Teo un farol. A pesar de las señales de viruela, el rostro de la muchacha parece, de alguna manera, atractivo a la luz tenue.

Cuando Teo le pide que se desvista, ella se levanta la falda del vestido de lino sucio hasta los sobacos y se tumba. No lleva ropa interior. Teo le separa las piernas. Matsson se aclara la voz y avisa que esperará fuera. La muchacha clava la vista en las tablas del techo cuando Teo se sienta en la cama y aumenta la llama del farol al mirar entre las piernas. El vello es claro, en cierto modo incoloro. El rostro mantiene su seria inexpresividad cuando Teo mete un dedo dentro de la joven. El orificio es angosto, ella no tiene mucha experiencia y a primera vista parece sana.

Su cabello es del mismo color arena que el vello del pubis. Teo no puede resistirse a acariciarle el pelo. La muchacha da un respingo, no amedrentada, sino como si hubiese estado a punto de dormirse. Teo trata de sonreírle amablemente y no sabe quién de los dos se siente más turbado ante la situación.

En cierta manera, el físico de la muchacha es interesante y hace posible imaginarla como se desee. Es fea, si así quiere pensarlo, pero bonita, si la mira buscando belleza.

Teo mueve el dedo hacia dentro y hacia fuera. Ya sabe que ella no tiene enfermedades. La expresión de la muchacha no cambia, lo ve solo como a un

médico. Empieza, sin embargo, a ponerse húmeda. Teo retira el dedo y lo coloca sobre ese punto que Cecilia le ha enseñado, y nota algo así como una pequeña bolita de mármol. Gira el dedo suavemente y pregunta a la muchacha cómo se siente, tratando de sonar como si estuviera examinando la rodilla de la paciente.

Le pregunta su nombre. Se llama Saara.

Teo saca el dedo. Saara se baja enseguida el vestido. Teo llama a Matsson de un grito.

—¿Y?

—No tiene nada malo.

Matsson asiente a la muchacha, que posa la mirada en el médico y rápidamente se quita el vestido. Matsson hace saber al médico que puede cobrarse el pago como mejor considere; en lo que a él respecta, tiene asuntos que atender fuera.

Saara se sienta desnuda al borde de la cama. Teo se quita la ropa y la pliega sobre una pequeña mesita.

Pasa un dedo por los labios de Saara. La postura de ella es rígida, pero abre la boca lo suficiente y Teo entiende que ella ha comprendido. Entra en su boca. Demasiado profundo, a la muchacha le dan arcadas y se aparta. Nuevo intento. Esta vez Saara toma el miembro de Teo y se mete la punta en la boca, lo chupa como un carnosos tropezón hallado en la sopa.

A continuación, se tumba de espaldas en la cama y abre los muslos. Estira las rodillas, las piernas forman una V en cuya cuña Teo se coloca.

Saara le sonrío tímidamente con sus dientes sucios y él le mete la lengua en la boca al tiempo que la penetra. Con suavidad, Saara le mordisquea la lengua.

Teo no tiene paciencia para alargar el proceso, no se contiene, se corre dentro. Cuando se retira, distingue una sonrisa indecisa en el rostro de la muchacha.

En la calle, Teo se sienta junto a Matsson en la escalera y enciende la pipa. Este le pasa una botella de aguardiente y él da un trago y tuerce el semblante.

—Un hombre siempre pone la misma cara, le den aguardiente o coño — bromea Matsson, pero no consigue ocultar la tensión en su voz.

Teo avanza a trompicones detrás de Matsson. La figura en cabeza se perfila negra contra la silueta de las casas. En alguna ventana se vislumbra una luz huérfana que se amilana apenas ha de salir al regazo de la noche.

Una vez llegan al puente, Matsson se detiene. En Katajanokka trata a Teo como un bondadoso padre a su hijo, que aún no es un hombre, pero a quien ya hay que contarle algo sobre la vida. Al otro lado del puente, sin embargo, en el barrio de las casas de piedra, Teo es un señor y Matsson siempre siente el impulso de quitarse el sombrero cuando se dirige al doctor.

Pasado el puente, Teo se gira y echa un vistazo hacia atrás. Ay, pobres de vosotros, putas y pillos de Katajanokka. Con vuestras roídas uñas tratáis de aferraros a este mundo.

El libro de Mataleena

El color de la muerte es el blanco. En los entierros, se viste de negro; los vivos se visten. También el difunto va de negro, pues está ataviado con las mejores ropas que poseyó en vida, pero su rostro siempre es blanco. Cuando el alma abandona a una persona, solo queda el blanco.

Del rostro de Juhani escapa el color. Primero desapareció el rojo, el color de la sangre. Se tornó amarillo. Luego también el amarillo se desvaneció, quedó un gris que ahora se disipa poco a poco hacia el blanco.

Juhani estira la mano. Por la atorada boca entreabierta, de las profundidades de su interior salen estertores. Trata de decir algo, pero Marja aparta el rostro, lo gira hacia la ventana. Flores de hielo recubren el cristal, son feas, se mofan de las praderas estivales: las flores de la muerte. La escarcha se extiende cual yerbajos desde los marcos de las ventanas, por las juntas de los troncos de la pared. Lo peor es la puerta, por sus rendijas la nieve se cuele en el interior y encuadra el hueco de la entrada como la Muerte, que pretende instalarse a vivir en la cabaña.

Marja carga en brazos a Juho, lo deja en el banco y le ciñe mejor la manta. Luego cruza la pequeña habitación y se inclina sobre el rostro de su marido. Las mejillas de Juhani se han consumido y las ocultan los lastimeros rastros de la barba, que le recuerdan a retoños dañados por la helada. Los ojos son dos grandes agujeros en el hielo de un lago sin peces. El aire circula, se nota en el movimiento del tórax, el resuello es mudo.

—Jesús, Marja... Jesús... ayuda.

—Y dale siempre con Jesús.

Marja regresa al otro extremo del cuarto y toma a Juho en brazos. Mataleena está echando más leña a las débiles llamas.

—Échala toda —suspira Marja.

—Deberíamos racionarla si no se va a ir a buscar más.

—Esfuerzo inútil.

Mataleena se arrodilla junto a su padre y le palpa la frente caliente. Trata de colocarle mejor la manta. Él la toma de la muñeca y consigue forzar en el rostro la sombra de una sonrisa.

—Hija, querida, dame algo de beber.

La niña se levanta para buscar agua de la cazuela que está sobre la estufa.

—Está helada —advierte Marja.

Mataleena se asoma a la cazuela. En el fondo se ha congelado un poco de agua. Cuando inclina la olla hacia la luz y acerca la cabeza, ve su reflejo en el fondo.

—Ve a buscar nieve —dice Marja.

—Hace sol —observa Mataleena en la puerta.

La tormenta ha amainado un instante. Las nubes dejan paso al sol, que tiñe de plata las flores de escarcha del vidrio de la ventana. En la habitación aparece algo que recuerda a la vida, en el suelo se dibuja la cruz de los travesaños de la ventana.

Mataleena regresa al interior, trae nieve en el cuenco que forman sus manos. Pretende echarla en la cazuela para que se derrita, pero Marja la detiene.

—No merece la pena, llévasela directamente a la boca.

Mataleena frota con cuidado la nieve sobre los labios cuarteados de su padre, lo alimenta despacio, como si diera trozos de panecillo a un niño pequeño. De la boca de Juhani escapa el estertor ronroneante de un gato.

Marja deja que sus ojos recorran el cuarto. Hay que partir ahora, antes de que regrese la tormenta; después no sobrevivirían siquiera hasta la siguiente casa, se desplomarían antes de llegar a Pajuoja y quedarían sepultados en la nieve. Marcharse no asusta; lo que asusta es tener que regresar. Hay que conseguir llegar lo más lejos posible de Korpela. En la granja no queda sino la Muerte.

Marja retira una brizna de paja de la comisura de los labios de Juho. La harina de corteza de pino hace ya tiempo que se acabó. Y no se ha atrevido a echar liquen al pan, después de que Lauri Pajula muriera tras comer pan de liquen. Sucedió a finales del verano. Otro año, por esas fechas ya se hubiera recogido la cosecha. El patrón de Lehto dijo que Lauri había muerto

envenenado. Había leído en el periódico que el líquen hay que tratarlo debidamente antes de añadirlo a la harina.

—Mataleena, tenemos que irnos.

—Padre no tiene fuerzas.

—Hay que dejarlo aquí.

La niña hunde el rostro en la manta de su padre, sobre su tripa, y solloza. Juhani mira a Marja y trata de decir algo. Ella se levanta y se acerca. Inclina la cabeza y examina el rostro de su marido.

¿Qué trata de decir? Juhani apenas consigue emitir otro estertor. Se agarra al brazo de Marja y ella no intenta quitárselo de encima, sino que lo mira curiosa a los ojos. ¿Pide ayuda o clemencia, o les insta a que se vayan? ¿Acaso entiende algo ya? Marja lo mira largo rato, pero no puede descifrarlo.

Le enrolla a Juho el pañuelo de ir a la iglesia sobre las orejas y encima le pone también una bufanda. Ella se cala el gorro de pieles de Juhani, lo gira y al final decide que es mejor ponérselo al revés.

—Vístete con todo lo que encuentres —aconseja a Mataleena.

Marja se pone el abrigo de sayal negro de Juhani. Parece un traje de funeral, Juhani es un hombre alto. Era. Se queda con los guantes de su marido, a Mataleena le entrega los suyos. Las manoplas de la niña se las pone a Juho encima de las que lleva.

—Hay que buscar más leña para padre —dice Mataleena.

Marja echa un vistazo a Juhani y sale fuera. La luz penetra en narinas y ojos, se cuela bajo la ropa y se filtra por todas las cavidades del cuerpo, y por un instante colma el vacío cavado por el hambre.

Está de pie con las piernas separadas y deja que el sol le restriegue el aire helado por el cuerpo. Luego vadea el sendero oculto por la ventisca en dirección a la cuadra, por si casualmente encontrara allí algo que quemar. No tiene fuerzas para entrar y agarra una tabla de la puerta que parece poco estable. Tira de ella con todo el vigor de su delgado cuerpo. Un clavo oxidado lanza un alarido al desprenderse y Marja cae de culo. La capa de nieve la acoge con suavidad.

Una vez dentro, apoya la tabla contra un banco y la quiebra en dos. Mataleena acaricia con el guante el dorso de la mano de Juhani, Juho reposa la cabeza en la frente de su padre. En esa posición, el aspecto del pequeño es

enternecedor y gracioso, la tristeza se abre paso en la mente de Marja. Siente que le tiembla la barbilla, pero escupe el llanto en un esputo en el fogón.

Mataleena conduce a su hermano hasta el vano de la puerta, Marja coloca en la mano de Juhani el último pan cocido con paja. Llena la cazuela de nieve y la sitúa junto a la cama, al alcance de su marido.

—Para más no tengo fuerzas —susurra.

Juhani la toma del hombro y se esfuerza sin éxito a incorporarse. Alcanza a respirar entre estertores algo ininteligible antes de desplomarse otra vez. Marja le retira la mano y se la acomoda sobre el pecho. Imprime los labios en su frente y luego, de improviso, los posa sobre su boca; deja que se demoren, respira al mismo ritmo con su marido una última vez.

En el exterior, Marja se asombra de que los esquíes estén aún intactos, de no haberlos quemado a pesar de la escasez de leña, pero ahora se siente agradecida. Una leve brisa se levanta y barre la nieve de los troncos grisáceos de la fachada de la casa. El manto de nieve se cuelga poco a poco por el umbral de la entrada, como examinando si en el interior hallaría algo que comer. Las nubes pasan delante del sol, pero no se detienen para ocultarlo.

Juho se cuelga de la espalda de su madre, Mataleena se sube al talón de los esquíes. Los bastones son un poco más altos que Marja. La puerta de la casa se queda abierta como la boca de Juhani. Marja le impide a Mataleena que regrese a cerrarla.

—Así es más misericordioso.

Un viento glacial barre el cauce del Pajuoja.

Las lenguas de nieve han alisado los bordes abruptos del arroyo, los arbustos de sauce casi están sepultados bajo los montones de nieve formados por el viento, tan solo algún que otro oscuro pincho brota del asfixiante manto blanco. Marja se desliza con cautela por la pendiente.

Abajo, Mataleena pierde el equilibrio y cae de bruces en el nevazo del Pajuoja. Trata de salir, pero cae de espaldas. Marja no se atreve a agacharse para levantarla, pues tiene miedo de que Juho vuelque. El niño cuelga flácido de la espalda de su madre con los brazos alrededor del cuello. Marja le alarga un bastón a Mataleena para que pueda apoyarse en él.

La niña está completamente agotada. Si se tratara de otra persona, piensa Marja, por ejemplo, de Juhani, sería mejor propinarle un golpe de gracia en la cabeza con el bastón, pero Mataleena consigue ponerse de pie y, tambaleándose, regresa a los esquíes.

—Otro se quedó y se consumió —se le escapa a Marja.

Mataleena se aprieta con firmeza contra la espalda de su madre y por un momento están los tres sobre el hielo del Pajuoja, bajo la ventisca, y no pueden avanzar. Marja tendría ganas de claudicar y desplomarse en el nevazo. Entonces hace acopio de fuerzas y se obliga a continuar viaje.

Recuerda enfadada que Juhani rehusaba comer y les entregaba todo lo disponible a ella y a los niños. Fue algo estúpido, al hombre le hubiese correspondido ocuparse de sí mismo para poder asumir la responsabilidad de su familia. Ella y los niños hubiesen resistido con menos, pero ahora, sin Juhani, no iban a sobrevivir al invierno en la granja Korpela.

La elección de Juhani no se había debido a la generosidad; cobardía es lo que había sido.

Poco después del Pajuoja, comienza a columbrarse el cerro boscoso de Lehtovaara, y detrás está la hacienda Lehto. Desde la cima de la loma, en el horizonte se divisa la torre de la iglesia; emerge sobre el paisaje blanco de la misma manera que una solitaria rama de sauce en el repecho de una cuneta.

En el centro del cuarto principal de los Lehto hay un gran barril. El señor de la casa está sentado a la mesa, los brazos cruzados, y examina a los recién llegados de arriba abajo.

—¿Así que los de Korpela también han tenido que salir para ponerse a mendigar?

—¿Una noche y por la mañana continuamos viaje?

—¿Qué tal le va a Juhani?

—No le va.

La mirada de Lehto desciende y va a posarse sobre sus propias manos. Se le humedecen los ojos, mira por la ventana, luego el fuego que arde en la chimenea. La señora de la casa sale del cuarto y se precipita a abrazar a Marja. Los niños se acercan sigilosos, tímidos, hacia el barril.

—Dentro hay brea. La enfermedad no entra en esta casa, la brea la mantiene a distancia —dice Lehto.

La anfitriona les quita a los niños la ropa de abrigo. Al descubrir el rostro de Matalaena, profiere un grito.

—¡Padre y señor nuestro! Enseguida os preparo un gruel.

El granjero les previene de comer en exceso, un estómago hambriento no lo resiste. Marja examina la estancia. Todo parece ordenado y limpio comparado con Korpela. El fuego en la chimenea abierta proporciona luz acogedora, cálida.

—¿A Juhani lo abandonó el espíritu?

—El espíritu hace tiempo que partió. Allí que se quedó, moribundo.

—¿Lo dejasteis?

—Ni para marcharse ni para vivir le quedaban ya fuerzas. ¿Acaso hubiera tenido que sacrificarlo?

—Dicen que, a estas alturas, en algunos lugares hasta se han comido a los muertos —interviene la granjera en la conversación.

Lehto mira airado a su mujer.

—Cuentos de viejas.

—No se pueden comer a padre —susurra Juho.

—Por supuesto que no, padre va al cielo.

—¿Y si alguien entra y se lo come?

—La señora solo cuenta bobadas de fantasmas —lo tranquiliza Lehto.

Los niños se quedan dormidos en el banco en cuanto han recibido el gruel. Lehto está sentado en la mecedora y observa las llamas. Marja mira fijamente la oscuridad por la ventana; al otro extremo de la mesa, la granjera mira a Marja.

—Estos son tiempos humildes, una patata no se distingue de un arándano —dice Lehto.

—¿Tenéis algún lugar adónde ir... parientes en algún sitio? —pregunta la anfitriona.

—Mientras vayamos donde al menos haya pan...

—A este paso, pronto tendréis que ir hasta San Petersburgo. Y no sé yo si allí lo habrá —suspira el señor de la casa.

—Deja a uno de los niños para que lo criemos. A nosotros tampoco nos llega el pan, pero repartiremos con uno más de la familia. La niña ya sabe hacer de todo — sugiere la señora.

—A Matalena no la entrego —espeta Marja, y rompe a gemir en silencio—. Yo... no sé adónde... yo sin Matalena. Sola con Juho —consigue articular entre hipo.

—Deja al niño —sugiere el anfitrión.

—¿A Juho?

—Nos ocuparemos de Korpela de modo que, a su debido tiempo, sea para él. Y vosotras podéis volver. Nadie ha dicho que por esos caminos...

—No creo que volvamos jamás a Korpela —anuncia Marja.

—Consúltalo con la almohada. Cuidaremos bien del chico —apunta Lehto.

La anfitriona asegura que Marja y los niños pasarán juntos la próxima Navidad en Korpela. Por el exagerado entusiasmo de la mujer, Marja intuye que el matrimonio no cree que sobrevivan al viaje mendigando. Les desea buenas noches, camina hacia el banco junto a la puerta y se tumba de costado. Al otro lado de la puerta azota un aire glacial cual hambrienta manada de lobos. Marja clava la vista en el barril de brea en el centro de la estancia, del barril surge un sueño y la engulle en su interior.

Es primavera. Juhani ha quemado brea para los esquíes, la ha llevado a casa dentro de una cuba. Duerme en un banco. Marja está de pie en las escaleras y observa a los niños recoger flores. Matalena lleva puesto el vestido negro de funeral de la patrona Lehto; Juho, las mismas botas y gorra que el patrón Lehto. De pronto, el niño señala unos cisnes que vuelan por el cielo.

—Mirad, es padre.

No puede ser. Marja eleva la vista al cielo y comprende que el primer cisne en verdad es Juhani. Se gira hacia el interior de la cabaña. Juho está tumbado en un banco, extiende la mano hacia su madre. Una catarata le recubre ambos ojos. El rostro es gris ceniciento. Del barril de brea asciende un remolino de nieve.

Marja se gira hacia la calle. Las hojas han desaparecido de los árboles, la hierba se marchita. Matalena está en el centro del patio, sola, y habla con la voz de Juho. Marja se precipita a la cabaña para rescatar al niño, pero la distancia hasta la puerta no cesa de crecer. Presiente que el invierno se abalanza desde la oscuridad del bosque hacia la cabaña. Ya no está lejos.

Trata de gritar, pero la voz no sale, de su boca emana un viento frío que recubre de escarcha las ventanas de la cabaña. De repente, la puerta lanza bramidos. Primero es un terror animal, estridente, luego chilla con la voz de Matalena:

—¡Maaaadre, maaadre...!

—¡Madre, madre!

Matalena sacude a su madre para despertarla. Marja se da cuenta de que está en el cuarto de la granja Lehto y busca con la mirada a Juho. El niño está sentado a la mesa y se lleva a la boca gruel caldoso a cucharadas. Marja jadea y la señora de la casa se apura a ponerle una taza de agua en la mano.

—No voy a abandonar a mis hijos —espeta después de beber voraz el agua.

—Mi marido está embridando el caballo. Os llevará hasta la iglesia — dice la anfitriona.

Se sienta junto a Marja y le acaricia, tímida, el cabello.

—No puedo —le susurra Marja.

La mujer asiente con la cabeza.

Las costillas del caballo parecen dedos entrelazados en oración. Sus relinchos son hipos de llanto de una anciana. Está consumido, como padre, piensa

Mataleena, pero después sacude la cabeza; no, padre es fuerte, padre lleva grandes troncos del bosque con el caballo de la granja Lehto, aunque hay tanta nieve que Mataleena se hundiría en el manto hasta el cuello. Sin embargo, no se hunde, padre la levanta del trineo y la lleva en su regazo a la cabaña, allí el invierno no puede entrar. El bebé duerme en una canastilla, la cesta pende de una viga del techo y Mataleena lo acuna y le canta *tuu, tuu, el tabaco de Ulla*. Ulla es la anciana patrona de Lehto, que en verano se sienta en las escaleras de la entrada y fuma en pipa como los hombres, y cuando Mataleena va con padre a su granja, la vieja se pregunta con asombro si otra vez es el día de tarea de los aparceros, y padre se sienta un rato a su lado y observa con ella las nubes, cómo viajan por el cielo. Ovejas celestiales es lo que son, dice la anciana granjera, y le da permiso a Mataleena para ir a buscar azúcar a la cocina.

Pero madre dice que en la canción no se menciona a Ulla.

El caballo se llama Voima, tiraba del carro cuando transportaron el ataúd de la vieja patrona a la iglesia. Lo vieron partir de la finca, Mataleena y madre, Juho estaba en sus brazos. Padre conducía el carro, a su vera iba sentado el amo Lehto y lloraba, pero Mataleena pensaba en las ovejas celestiales y en que la vieja patrona se sentaría en una piedra del tamaño de una montaña a pastorearlas y fumaría en pipa.

Ahora Mataleena alza la vista al cielo, es solo gris lívido, no se ven ovejas. Voima se detiene en el cruce. El camino forma una hondonada en la llanura nevada. Los pinchos de las cercas asoman por la nieve como dientecillos afilados.

El granjero Lehto mira por encima del hombro a Marja, que niega con la cabeza.

—A la iglesia no.

Él tira de las riendas y Voima arrastra el trineo en dirección al pueblo vecino. Mataleena comprende que no van a regresar a casa. En su rostro las lágrimas dejan estelas cálidas, pero se congelan antes de alcanzar la comisura de los labios.

Padre ya no existe.

Voima relincha y balancea el hocico, su cabeza parece más grande que antes, el resto del caballo ha encogido. Solo se oye el crujido lúgubre de la

nieve bajo los patines.

La parroquia vecina es más grande, el templo, más alto. El camino desciende suavemente hacia la ribera del río y cruza un puente de madera hasta la otra orilla. Junto a la iglesia se reúne mucha gente a los que se identifica como mendigos. Matalena ve muchos niños de su edad. Vistos desde el puente, se entremezclan con las lápidas sepulcrales. Al aproximarse se distinguen pañuelos y gorros y, ocultos por ellos, unos rostros blancos. Desde la iglesia, Lehto vira el trineo hacia el camino que transita a lo largo de la ribera.

—Os voy a llevar a la casa parroquial, allí sabrán qué hacer con vosotros. Yo no lo sé.

—Vamos a San Petersburgo —susurra Marja, más para sí misma que para Lehto.

—Mejor sería olvidar eso, si de aquí se va a algún sitio...

En el repecho del río hay un edificio grande, blanco. Matalena adivina que es la casa parroquial, aunque jamás ha estado allí. Lehto agita la mano y saluda a un hombre con barba de chivo y cejas de búho cubiertas de escarcha. A Matalena le hace gracia, tiene ganas de ulular al señor, que responde al saludo de Lehto. De pronto, el hombre agarra las bridas y detiene al caballo.

—Aquí no nos vas a descargar a tus limosneros. Ah, no, nonononó...

Apunta con sus ojos de búho, a Matalena se le hiela la risa.

—Cuidad vosotros de los vuestros, que aquí de esa carga tenemos de sobra, no hace falta que nos los traigan en carros de los pueblos vecinos. Y más que vienen todo el rato, del norte, del este y del oeste. Y allí que los despachamos, que uno no sabe adónde enviarlos de vuelta, pues algunos vienen desde bien lejos. Ayer una mujer con una criatura se quedó congelada al borde del acceso a la rectoría. Ah, no, nonononó, aquí no me los...

—Por asuntos propios es que vengo, no a encasquetarle nada a nadie, demonios —gruñe Lehto, y chasquea la lengua enojado.

Voima avanza un poco y el búho suelta las riendas. El caballo no tuerce hacia la rectoría, sino que continúa su camino a lo largo del margen del río. Lehto no pronuncia palabra, se limita a chasquear enfadado la lengua de cuando en cuando y mientras azota a Voima en la paletilla; el paso del animal se hace cada vez más penoso, pero la velocidad no aumenta. Entonces el río

se ensancha formando un lago en el que penetra un cabo de tierra. En mitad del cabo se erige una mansión aún más grande que la casa parroquial. En su patio concluye el camino. Es la mansión Viklund.

Frente a la casa hay un hombre, un mozo. Lehto lo saluda, el mozo responde tibiamente al saludo, luego vocea que a los mendigos no se les permite entrar. Lehto pasa a zancadas a su lado y sube las escaleras. Matalena lo sigue, pero se gira al darse cuenta de que su madre y Juho se han quedado de pie junto al trineo. También el mozo cruza el umbral y desaparece en el interior de la casa.

Al cabo de un rato, una mujer joven abre la puerta y les hace una señal para que entren Marja y los niños.

La estancia grande es luminosa, un mantel blanco cubre la mesa. El viejo Viklund está sentado en una mecedora y fuma en pipa de porcelana. Matalena observa sus espesas patillas. Uno de los ojos, tapado por una catarata, da miedo. Como si la helada habitara en las pupilas del viejo patrón. Hay que cuidarse de mirar el ojo de hielo, el frío puede salir humeante en cualquier momento y envolver a un niño demasiado curioso en su velo, bajo el cual quedará prisionero por siempre jamás.

La sonrisa del amo es sin embargo bondadosa, igual que el ojo sano con el que observa a Matalena. El ojo helado pasa de largo, apunta hacia algún lugar en la lejanía.

—Ella, toma los abrigos de las visitas. Ella os va a servir algo en la mesa.

La mujer que ha dejado entrar a Marja y a los niños se llama Ella, hace una reverencia, mira a Matalena con una amable sonrisa y atraviesa la amplia estancia.

Matalena se coloca de puntillas delante de un espejo de marco dorado. Al otro lado del cristal hay una habitación idéntica desde la que Matalena se mira a sí misma. Alrededor de los ojos tiene unos círculos negros; en la comisura de los labios, vetas profundas. La Matalena que mira desde el espejo es como una abuela de pequeño tamaño y divierte a la Matalena que se mira en el cristal.

—Yo soy una niña, tú eres una viejuca —susurra a la imagen.

Entonces ve a Ella en el espejo, que lleva a la mesa una fuente grande, blanca.

—También nosotros sufrimos ya escasez de comida, aunque la nuestra es de las haciendas más prósperas de la región. Hubo que despedir a una parte del servicio, no podíamos permitirnos más bocas que alimentar —Viklund conversa con Lehto.

Mataleena acaricia con la yema del dedo la superficie de porcelana de la sopera. Es blanca como la nieve pero cálida. Lo más hermoso, sin embargo, es su rosa rosada con pétalos orlados de oro. Cuando pasa el dedo por encima, siente el relieve, como si fuese un corazón vivo, palpitante, como si floreciera en medio de la nieve y ni el invierno pudiera vencerla.

La doncella levanta la tapa de la fuente y una humeante nube se eleva por el aire. Frente a Mataleena colocan un plato de porcelana con idéntica rosa a la de la sopera. La doncella le sirve un cucharón de caldo a través del cual la niña aún distingue la flor.

Por la mañana, Lehto le entrega a Viklund un papel moneda. Dedicar una despedida breve a Marja, acaricia el pelo a Juho y Mataleena, y sale de la casa. Por la ventana, la niña observa cómo el trineo abandona el patio; conduce por el estrecho camino del cabo, gira hacia la ribera y aún permanece largo rato en el paisaje, encogiéndose todo el tiempo, mientras Voima trota como si huyera de su lado. Ella toma a Mataleena en brazos y la niña desearía que se quedaran a vivir en la mansión Viklund.

Jamás se cansaría de admirar la flor rosa durante la comida. Mientras la contempla, recordaría a su padre. Padre está contento por ellos, pero no viene a la mansión Viklund, sino que se sienta al borde de una nube, y durante la lluvia de verano, Mataleena siempre se asoma por la ventana y observa las gotas de lluvia resbalar por el cristal, y sabe que es una lágrima de felicidad de padre.

Pero la doncella posa a Mataleena junto a Juho en el umbral de la puerta y le ciñe bien el pañuelo alrededor del cuello. La niña comprende que ahora han de irse.

En la casa irrumpe el mismo mozo que ayer no les hubiese permitido entrar. Sacude enfadado los guantes uno con otro, aunque ya no tienen nieve. A Marja, a Matalena y a Juho los mira por turnos. Sus ojos desprenden frialdad despectiva. Matalena no se atreve a devolverle la mirada, también Marja clava la vista en el suelo. Solo Juho hace frente. Su mirada es vacía, la corriente glacial de odio del mozo da media vuelta, impotente a los ojos del chiquillo. No le queda otra que ceder y evaluar las tablas del techo de la sala Viklund, de un largo infinito. Ella regresa de la cocina y le entrega a Marja dos panes. Se ve de inmediato que no les han añadido harina de corteza de pino.

El camino está cubierto de nieve, las patas del caballo se hunden. Matalena estira el brazo por encima del borde del trineo y atrapa nieve en el puño. Se derrite en la boca, como si sobre la lengua habitase la primavera. La lengua es un campo rugoso que aflora bajo la nieve y que aún está helado. Le alcanza nieve a Juho. También Marja alarga el brazo hacia el nevazo.

—Si volcáis, no me detengo a por vosotros —declara el mozo por encima del hombro.

Marja cesa de comer nieve, pero al cabo de un momento Matalena se estira por encima del trineo, desafiantemente más lejos de lo que sería necesario. Marja la agarra de la falda del abrigo.

El viaje es largo como la mirada del mozo sobre el manto nevado que se abre ante ellos. Al final, no obstante, llegan al patio de una venta. No se ven otras casas en las inmediaciones. El mozo se gira en el pescante, abre violentamente el abrigo de Marja y le arrebató del regazo las hogazas que le ha regalado Viklund.

—Aquí hay más gente hambrienta a la que los amos no les andan comprando pan. Estos panes son más suyos que vuestros.

Parte uno de los panes en dos y le arroja la mitad a Marja al regazo, baja de un salto y entra en la venta.

Cuando hacen su entrada Marja y los niños, el mozo está charlando con el ventero de una carga de grano, les lanza una mirada por encima del hombro y los mira como si no los conociera.

—Vagabundos, no son de nuestra zona.

—Que se vayan a la sala común —responde el ventero.

Cuando Marja y Matalena se despiertan, el mozo de Viklund ya se ha ido. Marja carga a Juho en brazos, dormido.

—Ojalá nos hubiésemos traído al menos los esquíes —suspira.

En el patio hay otros dos trineos. En uno de ellos, la noche anterior un joven trajo a la venta a un sacerdote. El muchacho aún está dormido en la sala común. El cochero de la posada está embridando el caballo del otro trineo.

—¿Hacia dónde se dirige? —pregunta Marja.

El cochero no responde, no escucha, se limita a mirar por debajo de la cabeza del caballo el bosquecillo de enfrente. Marja clava la vista en la espalda del hombre durante largo rato. Cuando finalmente desiste, él se gira.

—Al norte. Como está el sacerdote, no puedo llevar pedigüeños. El amo no lo aprobaría.

—No vamos al norte, de allí venimos —responde Marja.

—Echad a andar en otra dirección, voy a darle una patada al chaval para que despierte. Puede recogeros al final del camino. Pero que el amo no lo vea. A ver si alcanzáis a salir de su vista antes de que el muchacho emprenda viaje.

En ese momento se abre la puerta y un párroco ataviado con gruesas pieles sale al patio acompañado del ventero. A Matalena le entra la risa, el gorro de pieles del párroco se asemeja a una esponjosa pelota de diente de león, excepto que es marrón y no blanca. Si soplara, del gorro volarían cipselas, flotarían sobre el manto de nieve, y en la cabeza del cura solo quedaría un simple cono. Las pelusillas caerían en el patio de la posada, y en verano, por todas partes crecerían curas con cabeza de flor amarilla, que oscilarían al viento.

Pero Matalena no se atreve a soplar y el viento que bufa por la esquina tampoco arranca cipselas del gorro del cura.

—¡Hala! —grita el ventero a Marja.

Es una orden para que se vaya. Marja baja a Juho al suelo, toma a sus niños de la mano y echa a andar por el surco nevado.

—Ay, qué tiempos y qué pueblo. Cómo prueba el Señor la fuerza de su fe —lamenta el párroco.

Caminan durante largo rato, la breve claridad diurna toca a su fin. Al muchacho y al trineo no se les oye. Matalena camina detrás de su madre, pisa sobre sus huellas, se ciñe más el abrigo para protegerse de la ventisca. No oye el rugido del estómago, pero lo siente.

El hambre es esa cría de gato que Lauri el Sauce metió en un saco y ahogó en un agujero en el hielo. Araña con sus diminutas uñas y causa un dolor punzante, luego un nuevo arañazo y otro más, hasta que el minino se cansa y desciende al fondo del saco y allí pesa, empuja el saco hacia abajo, retoma fuerzas y comienza un nuevo ataque. Dan ganas de levantarlo, pero araña con ahínco y uno no se atreve a meter la mano en el saco. No queda otra que aguantar los zarpazos o meter el saco en el hielo, ahogar a la cría en el agua helada.

Matalena choca con la espalda de Marja, que se ha detenido. A su alrededor, la pesada nieve arquea los hombros de los abetos.

—Es el final —lamenta Marja, pero Matalena oye a su espalda el bufido de un caballo en el camino y le tira a su madre de la manga. Marja deja caer a Juho y agita el brazo, pero el muchacho que conduce el trineo mira de largo, hacia delante, y no se detiene. Marja cae de rodillas y se desploma en la nieve. Su cuerpo se sacude con movimientos lentos, el llanto brota en penosos espasmos al ritmo de la respiración.

Matalena tira de su madre.

—Se detiene en la curva —anuncia.

Marja se incorpora y avista el trineo. El muchacho sigue mirando hacia delante, en sentido de la marcha. Marja toma a Juho en brazos y, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, avanza a saltos hacia el trineo.

Una vez montados, el cochero arroja un único vistazo por encima del hombro. Uno de sus ojos es idéntico al del viejo amo Viklund. No habla, se limita a chasquear la lengua para arrear al caballo.

Juho se adormece pronto. La nevada ha cesado. Es como si hubiese brotado del campo, que ahora ha tirado de ella cual manta. Las primeras

estrellas se encienden y un velo gris recubre un fragmento de luna.

Se despiertan en un chozo donde el mozo de la venta los dejó por la noche. A media hora a pie hay un lago, eso les indicó, y detrás, una casa.

El camino de invierno cruza el lago, pero también ha nevado; Matalaena se hunde a cada paso casi hasta la cintura, aunque trata de pisar en las huellas de su madre. Vadear la nieve es agotador, cierra los ojos y piensa en su padre, en el último viaje en barca que hicieron juntos por el lago de su región.

Padre estaba sereno, su aire era tan devoto como entonces, cuando llevó el ataúd de Lauri el Sauce en barca hasta la iglesia. Matalaena lo encontraba hermoso mientras guiaba la pesada barca con firmes y largas paladas por el lago, pero luego se levantó un fuerte viento que a punto estuvo de arrebatarse el sombrero de la cabeza, y él se lo caló tan a fondo que las orejas se doblaron bajo el ala. El viento trataba de girar la barca y padre tuvo que luchar para mantener el curso y la expresión solemne.

El ataúd de Lauri era pequeño. ¿Cómo se había podido embutir allí a un hombre tan grande? ¿Le habían metido con las piernas encogidas, en esa posición en la que Matalaena dormía las noches frías? Madre había explicado que una persona encoge con la muerte, algo se desvanece, pero no sabía si era el alma lo que se desvanecía, y si lo era, si se alejaba flotando en forma de vapor como el agua de una cazuela cuando se calienta, o si se derramaba hacia abajo en forma de líquido viscoso, negro.

Tal vez las distintas personas posean almas distintas.

Matalaena piensa en Kalle el Carbón, al que encontraron muerto en su cabaña. Jamás iba nadie por allí aparte de madre, que era pariente de Kalle, y de Roope el Zapatero. Él fue quien lo descubrió y fue a buscar a Marja. Madre se llevó consigo a Matalaena y esta aún se estremece cuando recuerda el olor de la muerte. Debajo de Kalle había un charco negro; no era sangre, sino agua que fluye del cadáver, afirmó Roope.

Lauri no dejó un charco, aunque la boca la tenía negra, eso se contaba; por el veneno, dijo padre, pero Matalaena se preguntaba si el alma podría escapar por la boca y soltar un vestigio de color tras de sí.

Roope opinaba que el alma no existía. En el interior de una persona corren sangre y agua negra, luego se acaban y la persona se reseca. A una persona la hacen dos líquidos: agua de hombre y agua de mujer. Matalena alcanzó a preguntar cómo ocurría tal cosa, y Roope explicó que el hombre deposita su líquido junto al líquido de la mujer, así nace una nueva persona, pero madre le prohibió hablar de ese tema en presencia de la niña, aunque ella misma quiso saber quién de los dos daba la sangre y quién el líquido negro.

Entonces Matalena vuelve a estar sentada con padre en la barca, y cuando recupera la conciencia ya ha cruzado el lago.

—Detrás de esa colina tiene que estar la casa —jadea Marja.

Matalena mira hacia atrás. No se ve a padre, solo el lago abierto, oculto por la nieve. Hacia su blancor ha conducido padre la barca hasta perderse de vista.

El sol desciende inesperadamente detrás de la cortina de nubes, rumbo al horizonte. Solo en ese momento Matalena repara en la casa y en el edificio anexo, que se inflaman como un fuego cuando la luz barre la tormenta de nieve de su camino. Juho resbala de los brazos de Marja y se queda sentado en la nieve. Matalena trata de tirar de él y levantarlo. El niño se pone en pie, pero Matalena cae.

Marja mira fijamente unas bocas hambrientas, muy abiertas, en la fachada gris del granero.

—Cabezas de lucio —comprende finalmente.

La nieve pegada a los cráneos ha moldeado en ellos expresiones extrañas, y los rayos arrebolados del sol poniente crean en la cuenca de los ojos un fulgor que inspira miedo. Matalena distingue una figura negra que se acerca. En ese instante el mundo al completo se torna rojo.

Por las comisuras de los labios resbala el agua dentro de la boca en forma de pequeños arroyos. Matalena se sobresalta. Siente el calor de una mano en la nuca. Las tablas grises del techo ondean sobre ella un instante, luego se

acomodan en su sitio. Aparece ante sus ojos el rostro de una mujer delgada. Matalena gira la cabeza y ve a su madre y a Juho sentados en un banco junto a la puerta.

—Haz gruel, gruel flojo, para los mendigos —dice una voz masculina.

—¿No habría por ahí algo de comida, al menos para los niños? Tienen un aspecto tan famélico —contesta la mujer.

—El gruel está bien, también uno flojo —susurra Marja.

—Todos ellos están famélicos. ¿Cuándo fue la última vez que viste a una persona entrada en carnes, aparte de en el púlpito?

—Qué indecencias te salen por la boca, y en tiempos como estos. ¿Cuándo has pisado tú la iglesia por última vez? —espeta la mujer.

Sirve el gruel de la cazuela en una taza de madera. Juho ya está sentado a la mesa y comienza a devorar la papilla ceniza. Matalena aguarda su turno, recibe su porción después de Juho, en la misma taza. Mientras ella come, el niño se queda dormido en un banco junto a la pared.

—Los mendigos pueden quedarse una noche. En Väärjärvi no se arroja a nadie a la intemperie en mitad de la noche, especialmente a mujeres y a niños. Pero por la mañana tenéis que marcharos. Podéis ir a la iglesia en trineo, voy a ver si en el silo comunitario todavía queda harina de emergencia —dice el hombre.

Marja asiente como respuesta. La señora de la casa le trae un cuenco, que Marja vacía a sorbos antes de que alcance a darle una cuchara. Luego se sume en sueños. Juhani la llama.

Juhani es un colimbo ártico. Es verano, otoño y primavera, todas las estaciones del año sin nieve. Marja deambula por un bosque de pinos. Vislumbra un estanque que asoma entre los árboles, el agua es negra pero brillante. Sin embargo, no encuentra el camino a la orilla. Siempre se topa con un nuevo árbol que ha de esquivar. Termina dándose cuenta de que ha tomado la dirección equivocada.

No reconoce el bosque, pero el estanque, sí. Allí la llevó Juhani, hace años. Escucha su grito: U-uui, U-uui, U-uui.

Marja trata de dirigirse hacia la voz, pero el eco resuena por la tierra boscosa y enturbia la orientación. Al poco, Juhani echa a volar y la deja sola en el bosque virgen, el estanque abandonado. Si Juhani se marcha, los niños no nacerán.

De pronto, en la distancia destella el agua negra del estanque. Demasiado lejos. Marja echa a correr hacia él, no aparta la laguna de sus ojos. Pero el sol del ocaso la deslumbra un instante y al poco ya no se ve el estanque. El grito de Juhani se oye lejos, en otra dirección. U-uui, U-uui.

Marja se anquilosa. Enfrente oye el llanto y quejido del fantasma de niños muertos. El invierno está próximo. Prepara su entrada y da vueltas inquieto y furioso dentro del cráneo del lucio. Al poco, el pez abre la mandíbula. Se escucha U-uui, ya muy remoto.

Mataleena se despierta antes que los demás, pero sigue tumbada en el banco y observa la estancia; está invertida, la pared de la puerta se ha convertido en el suelo, el suelo y el techo en la pared, y el fogón se levanta en el techo.

—Y métete esto en la cabeza, a los mendigos no les des más que gruel. Y un gruel flojo —advierte el hombre.

Mataleena se ríe en voz baja, el hombre y la mujer son moscas que en verano se posan en la pared de la casa. Entonces se incorpora y la estancia regresa a la posición normal. El hombre y la mujer se giran hacia ella.

—Pobre niña —suspira la mujer.

El hombre se sienta junto a Mataleena.

—Me llamo Retrikki, y mi mujer se llama Hilta. No tenemos hijos, ya hace tiempo que murieron, antes de estos años de malas cosechas. Pero aquí no podemos alimentarnos. Pronto vendrán nuevos mendigos. Los que no tienen pan, se han echado a los caminos. Aunque supongo que no hay nada en ningún sitio, da igual en qué dirección vayáis. Perseguid fuegos fatuos, pero qué le vais a hacer.

Mataleena asiente. Retrikki le acaricia el cabello. Se desprende tanto pelo que se queda pegado a las manoplas del hombre.

Retrikki se levanta y anuncia que va a embridar el trineo.

—Niña, no hagas caso del ogro, ya te encontraremos algo —dice Hilta.

—Me llamo Matalena.

—Es un nombre bonito, cristiano. Eso es bueno.

Hilta le ofrece la taza de madera de la noche anterior, el gruel es ahora más grueso, ya se le puede llamar gachas. Pone sobre la mesa medio pan de harina de pino y algo de lucio desecado que mezcla con las gachas.

—Come, criatura.

Y Matalena come. Engulle veloz las gachas, no vaya a ser que entre Retrikki y le arrebatase el plato. Recibe leche aguada con la que devora el pan casi sin mascar. Hilta rellena la taza. Cuando Retrikki regresa, su mujer atrapa la taza vacía delante de Matalena. La niña le sonrío, en la comisura de los ojos de la mujer brota una lágrima.

Juho y Marja se despiertan con el portazo. Hilta les prepara gruel flojo. Trocea pan de pino en pequeños pedazos que entrega a las tres visitas. Luego echa un vistazo a Retrikki y añade unos trocitos de lucio desecado. El hombre no pronuncia una palabra.

Juho se mete la pizca de lucio en la boca, la saca con los dedos, la observa un momento. Luego se la pone sobre la lengua, la vuelve a sacar y la aprieta con fuerza en el puño. Retrikki observa la ocupación del niño y se aclara la garganta.

—Pronto estaréis de nuevo en camino. ¿Adónde os dirigís?

—A San Petersburgo.

San Petersburgo. A Marja no se le pasa por la cabeza que en la ciudad del zar permitan a alguien pasar hambre. En San Petersburgo hay suficiente pan para todos. Y no lo han mezclado con harina de corteza de pino, ni con liquen, y mucho menos con paja. Pero San Petersburgo está lejos. No está detrás de la siguiente colina, tampoco detrás del siguiente pueblo. Está lejos, en tierras de Rusia.

—¿Y cómo os las vais a apañar hasta San Petersburgo? —suspira Retrikki.

Marja mira por la ventana de flores de escarcha. Entre las nubes de nieve centellea el sol. El mismo que baña de oro el palacio del zar en San Petersburgo.

—Primero hay que llegar a Helsinki. San Petersburgo está detrás — afirma.

Mataleena clava la mirada al frente en silencio. Le duele la barriga. Primero el dolor lo forman pellizcos, pero al poco un gato enfadado rasga y desgarras, clava sus dientes en la pared del estómago, las uñas penetran desde dentro en las costillas, y el animal araña tanto que Mataleena comienza a tener retortijones. El gato empuja su rabo sarnoso hacia arriba, sale por la boca en forma de gachas sangrientas. Dentro de la cabeza se levanta un remolino furioso, golpea las cuencas de los ojos, los ojos se dan la vuelta.

Mataleena se desploma en el suelo.

De la boca de Marja escapa un lamento de madre, primero es apagado, luego cobra fuerza lentamente. Retrikki es el primero en reaccionar, levanta a la niña del suelo y la lleva a la cama de la cámara.

Marja aprieta a Juho contra su pecho con tal fuerza que al pequeño le resulta difícil respirar. Retrikki entreabre los párpados a Mataleena, coloca la oreja cerca de sus labios.

—Vive, vive, pero diría que no por mucho tiempo. ¡Vamos, por Dios, traed agua!

Hilta llena una taza de agua y se desliza con cautela en la habitación. Marja está temblando, sentada en el banco junto a la puerta de entrada con Juho en sus brazos. Clava la mirada vacía en la habitación, ve el rostro blanco de Mataleena, tumbada en la cama. Juho mira fijamente a su hermana con asustada curiosidad. Marja escucha la conversación silenciosa de los amos de la casa.

—¿Es una enfermedad?

—Lo dudo. Estaba tan hambrienta que sus tripas no resistieron ni el gruel.

—¿La llevo al médico? ¿Podría él salvarla?

Retrikki sale del dormitorio y aguarda un rato de pie, pensativo, delante de Marja. Ella mira al hombre que tiene enfrente como una pecadora a san Pedro ante las puertas del cielo.

—No podéis marcharos ahora. No me atrevo a subir a la niña al trineo, no sobreviviría... Voy a intentar traer al médico. Veremos si tiene ganas de venirse hasta el quinto pino por un limosnero. Llevará su tiempo, a ver si hasta entonces aguanta.

—No te quedes ahí maldiciendo, vete ya —espeta Hilta.

—Aquí, las palabras bonitas no ayudan. Así se sabe lo que le espera a uno.

Retrikki cierra la puerta de un portazo. Marja busca algo en Hilta con la mirada, quizá un atisbo de esperanza, pero esta mira fijamente la hoja de la guadaña sobre el marco de la puerta, hasta que oye el trineo abandonar el patio.

—Saldrá de esta, solo son retortijones de tripas... es una niña fuerte, aunque se haya quedado flaca —dice.

Sin embargo, el temblor de su voz sacude el último atisbo de esperanza de Marja, que baja a Juho de los brazos y acude junto a Matalena. Hilta la sigue, toma la taza de agua de la mesa de la cámara, levanta la cabeza de la niña y, con cuidado, le vierte líquido en la boca. Matalena tose, el agua le rocía el pecho. Marja se sienta al borde de la cama y pide un trapo húmedo. Con delicadeza se lo pasa a la niña por la cara.

Finalmente, Matalena se recobra lo suficiente como para ser capaz de beber un poco. El líquido, sin embargo, no se mantiene dentro; lo vomita junto a la cama y se vuelve a sumir en la inconsciencia.

La penumbra de la noche se convierte en oscuridad. Matalena recupera de nuevo la conciencia. Esta vez trata de hablar, mira a su madre y sonrío.

—Padre me trajo huevos de porrón osculado. Me llama serreta chica —ríe Matalena.

Marja comprende que la risa proviene de algún lugar muy lejano. El frío ataca desde dentro. Intuye algo que no quiere comprender.

En ese momento se oye la puerta. Hilta se incorpora de un salto y se abalanza hacia los recién llegados. Retrikki aguarda en el umbral de la cámara. El doctor Berg se inclina sobre Matalena.

—Padre... padre... padre... —exhala la niña.

En sus ojos aparece entonces el brillo oscuro del vacío.

El doctor Berg le cierra los párpados. Parece cansado. Se le ha contagiado la palidez de Matalena, piensa Marja, y se sobresalta cuando el médico le posa el brazo en el hombro.

—... en un lugar mejor, tal vez —le escucha suspirar.

Desde el estómago, un helor se extiende por todo su cuerpo, se convierte en una sensación de tristeza y barre todo lo demás, hambre, frío y cansancio. Llena su cuerpo hueco con un pesado vacío que no deja espacio a nada más. Dentro hay una lagunilla pantanosa, repleta de agua negra sin vida. Un colimbo ártico nada delante de sus ojos. Se convierte en un negrón especulado que trata de alzar el vuelo. Luego, el glacial viento de nieve lo congela todo y lo vacía, el pájaro desaparece. Tras la tormenta todo está blanco, muerto. Marja se levanta y se aproxima a Juho, adormecido en un banco, toma la cabeza del niño en su regazo y se sume en un profundo sueño.

La mañana amanece gris. Retrikki, el doctor Berg y Marja avanzan por el patio hacia la sauna, allí yace Matalaena, sola, sobre las gradas. El viento le arranca a Marja el gorro gastado de Juhani de la cabeza. Retrikki entra en la sauna.

El doctor Berg se detiene en el umbral. Marja le mira el abrigo colgante. Las mejillas del médico son huesudas, pero en la ropa se nota que alguna vez fue más grande. Ha perdido peso. Los señores también se demacran, piensa Marja. El consuelo es breve, pues comprende que, si los señores no tienen pan, ¿cómo va a llegar para el pueblo pobre?

Los pensamientos sobre el pan y la hambruna desaparecen de su mente cuando el doctor Berg se aparta y ella repara en Matalaena. Retrocede y pierde el equilibrio y cae en la nieve. Berg le tiende la mano. Su rostro es del mismo color que el de Juhani antes de la partida.

Han subido el cuerpo al trineo. El médico se sienta en el pescante junto a Retrikki. Marja y Juho acompañan a Matalaena. Retrikki chasquea la lengua y balancea las bridas, y el caballo se pone en marcha. Hilda se queda de pie en las escaleras de entrada, no agita el brazo. Se tira del pañuelo con movimientos crispados para ajustárselo mejor a la cabeza. Las dos mujeres se miran una a otra hasta que el trineo desciende por la pendiente y la casa desaparece de la vista.

El sol se mantiene detrás de una cortina gris durante todo el viaje. Llegan a un campo abierto. Los árboles cubiertos de nieve arrojan en la lince una sombra gris, cual frontera entre la tierra de los muertos y la tierra de los vivos. Marja ya no confía en esa frontera. La sombra se apaga hasta que no es capaz de contener dentro de sus límites el vacío níveo y los dos mundos se funden en uno.

En medio del campo se levanta una construcción gris, parca en tablas, que el viento tienta incesante para que vuele con él. Hacia el cobertizo dirige Retrikki el trineo. Marja repara en unas viviendas más alejadas, al borde del bosque, con aspecto abandonado.

Retrikki baja del trineo y abre la puerta del cobertizo. Marja ve que dentro duerme gente. No alcanza a extrañarse cuando el hombre le anuncia que Matalena se queda allí.

—Aquí hay otros que esperan el responso.

El doctor Berg se gira hacia Marja y promete ocuparse de que, llegado el momento, la niña reciba una sepultura decente.

—¡A una fosa común la echarán! —grita Marja.

—Sin duda —reconoce Berg.

—Ni su nombre quedará en la cruz.

Los hombres llevan a Matalena al cobertizo sobre una tabla mortuoria. Marja no quiere bajar del trineo.

—¿Adónde va Matalena? —pregunta Juho.

—Con padre —responde Marja.

—Yo también quiero ir al caseto con padre.

Marja coloca suavemente su mano sobre los labios del niño.

—Matalena va con padre, Juho se queda a hacer compañía a madre. Si no madre se queda sola.

Retrikki y Berg regresan, el viaje continúa de inmediato.

Marja clava la vista en el cobertizo que se aleja. Piensa en su hija, abandonada dentro, tumbada en la tabla de los muertos. No brota llanto. La tristeza está escondida, oculta en un huevo de porrón osculado que no encuentra. La nieve vuela humeante en el campo o dentro de ella.

Al cabo de un rato, el trineo se detiene. El doctor Berg le dice algo a Marja, le da la mano, ella asiente. Solo cuando el trineo se sacude y reemprende la marcha, esta se da cuenta de que el médico se ha apeado frente a una pequeña mansión.

Desde la casa, el camino desciende hacia el pueblo. Retrikki continúa hasta la iglesia.

—Aquí os dejo. Desde aquí tenéis que seguir por vuestros propios medios. Por mi parte no creo que lleguéis jamás hasta San Petersburgo. Más sensato sería volver allí de donde habéis venido —conversa Retrikki; se despide con un rápido adiós y chasquea la lengua para que el caballo se ponga en marcha.

Marja observa la torre de la iglesia: un dedo impotente, delgado, que apunta acusador hacia el cielo. Luego, toma a Juho de la mano y ambos echan a andar por el camino. Al llegar a las últimas casas, se detiene. No sabe el nombre del pueblo. Dónde está, dónde se ha quedado Matalena. Ha llevado a su hija al anonimato sin retorno, ni siquiera hay un nombre en el libro de la vida.

Marja mira fijamente el camino desierto ante sí y estruja a Juho en sus brazos. Un grupo de mendigos pasa de largo, ambos los siguen.

El senador

Son los fantasmas de este invierno: estatuas de nieve que el viento desgarrar de una alta mar helada. Jamás vino un barco; vino el invierno, sin avisar, en una noche.

—Es inútil venir a preguntarme por mi conciencia. Claro que sé quiénes son esos espectros que empuja el viento glacial. Yo mismo he enterrado un hijo.

El senador siente un soplo helado en el rostro como respuesta.

El día anterior lo pasó hojeando la Biblia, leyendo las profecías de José sobre esas siete vacas flacas y siete gordas. Años de vacas flacas había habido ya muchos, uno tras de otro, pero en el horizonte no se divisaban las vacas gordas. ¿Ha hablado e insistido en vano sobre que en los bosques de Finlandia se forjaría la prosperidad de la nación? ¿Acaso sirve este pueblo para algo más que para arrancar la corteza de los árboles y añadirla al pan?

Alguien tiene que ver más lejos, más allá del horizonte. A través de esos fantasmas lívidos. En última instancia, siempre se trata del pan, y si alguien comprende la situación, ese alguien es él. Ha puesto en marcha la masa madre, una moneda de un marco de cobre, y esa masa no se la come ni la peor de las hambrunas. Pues si una vez se pierde, se pierde para siempre. Es su misión ocuparse de que la masa madre se transmita a la siguiente generación, para que no haya que comer siempre pan extranjero.

No poder permitirse decisiones incorrectas es el destino más solitario del mundo. A un lado están las clases altas, contrariadas por las hordas de mendigos, que temen el trastorno de su confortable vida cotidiana. Corren como perros persiguiéndose el rabo y exigen dinero y comida al Estado para ponerlo en las cunetas, para apaciguar a todos los menesterosos pobres diablos que vagan por los caminos y que así regresen a sus hogares.

Y al otro lado están aquellos que son de la misma opinión que él, porque siempre son de la misma opinión que él. No saben usar sus cabezas, tiene que darles él los pensamientos mascados.

La procesión de fantasmas de nieve levantados por el viento desaparece. El senador mira hacia Katajanokka. Allí está su *sampo*, su molino de la fortuna, la Casa de la Moneda, pero su tesoro aún lo cercan esas chabolas miserables que asfixian el sueño de un futuro más próspero.

El senador cierra los ojos y se imagina que algún día Katajanokka se sumergirá en las olas y, purificada por el agua, surgirá del mar, con orgullosas casas de piedra erigiéndose hacia el cielo.

Diciembre 1867

Aquí descansa el doctor Johan Berg.

Bloques de tierra congelada golpetean la tapa del ataúd. Una franja rojo pálido en el horizonte mantiene una pugna sin esperanza contra el peso del cielo, forcejea por el alma de un hombre muerto. Sus fuerzas acaban por agotarse y unas nubes pesadas ocultan los últimos rayos de sol. Las sombras en el rostro del cortejo fúnebre se tornan más oscuras.

—¿Crees que los sepultureros han soltado maldiciones mientras cavaban la fosa? —dice Matías Högfors.

—Mientras la madera de la tapa resista... —responde Teo.

Dejan de dar paladas por un momento y aguardan a recobrar el aliento. Los miembros del cortejo, ataviados de negro, han estado de pie, inmóviles, al borde de la fosa. Ahora se giran sobre sus talones y fluyen hacia la puerta del cementerio. Solo una mujer pequeña, hundida por la congoja, permanece de pie, unos pasos por detrás de los hombres. Hasta ella se acerca el sacerdote, y le da apoyo colocándole la mano con cautela bajo el codo.

Högfors vuelve a levantar tierra con la pala. Un terrón demasiado pesado hace que la carga se derrame antes de alcanzar la tumba.

—Dejémoslo ya —resopla.

Clava la pala junto a la tumba. No se queda erecta, sino que se desploma, y al chocar con la tierra congelada emite un sonido como si un cristal se quebrara en dos.

Teo carga un bloque más de tierra helada, grande, y lo arroja en la fosa.

A los pies de la torre de la iglesia se levantan tres cruces de hierro como en el Gólgota, pero están vacías. La mirada de Teo asciende hacia la punta del campanario como si quisiera asegurarse de que Jesús y los ladrones no hubieran trepado hasta allí para esconderse.

—¿Crees en Dios, Teo?

—No, no creo que esta penuria y miseria tengan algún propósito. Si esa es tu pregunta.

Matías le pide que piense en Job.

Y Teo piensa. Piensa en alto en todas esas desarrapadas criaturas que ahora se consumen de hambre en la nieve. Piensa en Johan, que yace oculto bajo esa tabla, mientras echan encima las piedras. Y luego piensa en todas esas esposas e hijos de Job a los que Dios dejó morir para que la devoción de Job fuese más pura.

—En todos ellos pienso. En esos a los que Johan intentó salvar en vano. Pero piensa tú en Job, Matías, para que tampoco él sea olvidado del todo.

Y si este sufrimiento es una prueba, entonces ¿para quién? ¿La fe de quién se santifica con el sufrimiento de esas personas? ¿Quién es Job? ¿Los mendigos? No, Dios protegió a Job, y solo los que le rodeaban sufrieron.

—¿Estás comparando a tu Job con este pueblo, Matías? Ese que sufre hambre mientras nosotros andamos haciendo poemas: *que la mitad de harina sea de corteza de pino, pues la helada se llevó el grano del vecino*. ¿Alguna vez has probado pan hecho con harina de corteza de pino? Yo no. No somos el pueblo, Matías, nunca cruzaremos esa línea que hay entre el pueblo y nosotros. El único que la cruzó fue Johan, se unió al pueblo y murió de sus enfermedades.

—Tal vez el destino de este pueblo sea luchar por su existencia y fortalecerse —dice Matías, y continúa tras meditar un instante—: pero si no existe Dios, como dijiste, tampoco hay destino. Entonces todo es simple casualidad.

—¿Es por casualidad acaso que justo los pobres mueran de hambre y salgan a mendigar? ¿La casualidad se llevó a Johan, pero nos libró a nosotros?

—Ya ves que tú mismo no crees en la casualidad. Tu fe ha sido puesta a prueba. Tal vez seas Job —apunta Matías.

Teo siente ganas de pegarle. Lo único que Dios podría arrebatarse es a Cecilia. Solo le pueden despojar del amor de una puta, o mejor dicho, del amor por una puta.

Él no se aferra al faldón de la vida e implora un mendrugo de pan. Ni siquiera sabe qué clase de fuerza hace que ese grupo de gente al que se llama pueblo actúe así. Para él es un gran misterio, algo desconocido. El misterio de la vida; y no se puede comprender más que a través de la muerte.

Matías Högfors ha clavado su pala, se apoya en ella y mira la tumba abierta.

Teo se echa la gorra de pieles hacia atrás y con la manopla se limpia el sudor de la frente.

—¿Por qué no esperó a la primavera?

—Cuando uno muere, muere, no puede esperar mejor tiempo — responde Matías.

—No, me refiero a la mujer, ¿por qué no aplazó el entierro?

—Ya. Tal vez no creía que llegara la primavera.

—Siempre llega una nueva primavera, hasta después del más crudo invierno —se entromete el sacerdote en la conversación.

Ha dejado a la señora Berg tambaleándose bajo los copos de nieve y echa un vistazo a la fosa como para comprobar que Teo y Matías no hayan abierto un agujero en la tapa del ataúd con los bloques de piedra, por el que el alma del fallecido escape y desaparezca fuera de su alcance.

—¿Y el mundo vuelve a florecer?

—Exacto —responde el sacerdote.

Asiente con aprobación, el ataúd está intacto, encima hay suficiente tierra haciendo peso. El café para los invitados del funeral espera en la casa parroquial.

—Su esposa quiso enterrarlo antes de partir. La llevaré a Kokkola para pasar el invierno. Aquí ya no tiene nada, ni siquiera habla finés —cuenta el sacerdote.

Árboles desnudos se erigen junto a la tapia del cementerio cual rayos helados que han intentado alcanzar el cielo desde la tierra. Teo echa un último vistazo a la fosa y ve a la señora Berg forcejeando con la pala de mango largo para arrojar una gran piedra en el hoyo. Matías regresa veloz, toma la herramienta y continúa llenando la tumba. La mujer aguarda con los hombros caídos y observa caer la tierra en el agujero.

Teo invita a acercarse a dos hombres delgados que están de pie en la puerta del cementerio. Les ofrece papel moneda. El más alto se guarda el billete en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Maldita sea, ¿lo sabía o no? —resopla uno de los hombres a su compañero.

Matías ofrece el brazo a la señora Berg y cruza con ella la puerta del cementerio.

Teo levanta la vista al cielo, quisiera distinguir allí una señal de Johan; o al menos de Dios. Pero una alfombra gris oculta el firmamento. Si Dios está detrás, no mira hacia Finlandia. Johan tampoco se ha levantado de la tumba, sino que yace en el ataúd de madera, y las piedras suenan a hueco al chocar con su tapa cual campanas de iglesia recordando que la vida ha concluido. Y ya no hay más que un sueño eterno sin sueños.

Allí descansa Johan Berg, excepto que allí no descansa su viejo amigo, sino algo que alguna vez fue Johan Berg. Lo único que queda de él es la risa estruendosa que entonaba borracho hace años en una mesa de la Villa Verde. Aún resuena en su cabeza, allí sigue deambulando, pero cada vez más tenue.

Y cuando algún día Teo ya no la escuche, de Johan no quedará nada.

Tras el café, Matías y Teo encienden sus pipas en unos cómodos sillones. La estufa revestida de azulejos en la cámara de la rectoría exhala un calor que hace olvidar por un momento la tumba helada.

Teo le habla a Matías sobre la pequeña cabaña donde hizo noche de camino hasta allí. Desde que puso los pies en la casa, el dueño casi ni le dirigió una mirada bajo sus negras cejas.

Teo trató de hablarle en su lengua. Como el hombre no respondía, él depositó en la mesa un billete. Los ojos del hombre recorrieron la superficie de la mesa sin mantel. Cuando alcanzaron el dinero, se levantó y sacó del fogón una caja de madera, la colocó en la mesa y extrajo tres billetes iguales. Luego se sentó y clavó la vista en el dinero.

—Cómete tu dinero, que yo me comeré el mío — gruñó finalmente.

Teo estaba a punto de levantarse e irse cuando de algún oscuro rincón apareció una mujer que le puso enfrente una taza de gruel. El hombre se incorporó y se alejó dando un bufido, y no regresó en el tiempo que Teo permaneció en la casa. La mujer movió las manos con gesto de disculpa, arrugaba nerviosa el delantal entre los dedos, recogió el dinero, tanto el del marido como el que Teo había colocado sobre la mesa, lo metió en la caja y la devolvió a su escondite. Luego se giró e hizo una reverencia. Teo, que ya

se había puesto en pie, le devolvió la reverencia y mientras se retiraba le dio por error las gracias en sueco.

Matías se ríe de la historia como si se tratara de una anécdota divertida. A Teo no le queda otra que esbozar una sonrisa al recordar la situación. Al mismo tiempo, sin embargo, piensa que, si toda esa miseria a su alrededor únicamente los divierte, ¿cómo habría de conmoverlos? Y si la experimentaran en sí mismos, ¿podrían reírse entonces?

Cuando habría que mirar al otro, ellos se miran en el espejo. Ahí está el prójimo, ese al que Dios ha forjado a su imagen y semejanza. Lo que le hagas se lo harás a Dios, sírvelo y haz buenas obras, según tus capacidades.

Y a Johan, ¿qué le ocurrió a él? ¿Se convirtió el oso siempre dispuesto a entonar una risa varonil y estruendosa en un fantasma tétrico de aspecto afligido? ¿Rozó la realidad a Johan Berg con su frío dedo, arrebatándole esa alegría que había mostrado en vida?

En sus últimas cartas a Teo, Johan había recordado los años de estudiante compartidos, repetido las mismas historias como para convencerse de que alguna vez habían existido. A pesar de esos divertidos recuerdos, las cartas eran sombrías. O tal vez precisamente por eso el contraste era tan grande, tal vez Johan había comprendido definitivamente al escribirlo que todo aquello estaba perdido. ¿Había anestesiado su alma haber visto la realidad, o haber visto lo que había desaparecido para siempre?

El libro de Marja

La fachada amarilla bordea la calle entera. Marja camina bajo las ventanas. El edificio de madera parece una fortaleza, la escarcha forma un velo fino e impotente sobre la pintura amarilla, no logra penetrar en la gran casa.

De una esquina salta frente a Marja un hombre, cual liebre sorprendida. Sus ojos revelan la misma expresión que Peni, el perro de Pajula, cuando Lauri le había pegado, borracho, hasta enloquecerlo.

Marja cae contra la pared. Juho la acompaña, como una rama que se amolda a cada capricho del viento.

El hombre tropieza al evitar a Marja, pero consigue apoyar las manos en tierra y continúa a cuatro patas a la misma velocidad por el cruce. Lo alcanzan tres hombres, tienen aire de caballeros. Uno de ellos, el que lleva pieles de lobo, agarra por el cuello del abrigo al fugitivo a gatas y le propina un violento tirón. El huído se levanta de un salto igual que un caballo sobre las patas traseras. Entonces las piernas se le escurren y se desploma dentro del abrigo. El de pieles de lobo lo lanza al suelo como un gato desmandado.

—Ladrón, ladrón —resuella una mujer con un pañuelo azul en la cabeza, que ha seguido a los hombres.

Un hombre más pequeño, de aspecto enjuto, bigote colgante, tira con violencia del abrigo y se lo arrebató al ladrón.

Este lo mira despavorido, posa la frente en la nieve y jadea pesadamente. Encoge los hombros como anticipando un golpe. De las entrañas del gabán saca el bigotudo un pedazo de carne y lo exhibe en el aire, cual trofeo, para que lo vea todo el pueblo. De pronto, azota con él al ladrón en el cuello, que se desploma, flácido, y se queda tirado en la calle. No por el golpe, sino porque no tiene fuerzas para oponer resistencia. El bigotudo le propina una patada. Marja tapa los ojos a Juho.

La mujer del pañuelo azul repara en Marja y la señala con su dedo largo, delgado.

—Y aquí hay otra mendiga, robacarne, ladrona, puta —grita.

Marja aprieta a Juho contra sí para protegerlo, demasiado firme. El niño trata de apartar la mano de su madre, consigue echar un vistazo entre los dedos y ve al hombre que se arrastra por toda la calle impulsándose con la mano. De su boca mana sangre rojo brillante.

Los perseguidores se giran hacia Marja. El bigotudo la mira un segundo por encima del hombro, luego continúa observando cómo repta el hombre vapuleado.

Las miradas están huecas, irradian frío. La boca de la mujer del pañuelo se abre y se cierra. Marja distingue sus dientes, las palabras emanan por la boca en forma de vaho helado, la voz no se oye. Despacio, la ciudad comienza a girar a su alrededor. Piel de lobo se acerca.

—Dejémosla en paz. Va con un crío.

Las palabras del hombre le abren los oídos, tras un instante sordo oye de nuevo, son los sonidos de la ciudad. Retumban en el vacío interior de su cabeza, laceran detrás de los ojos, pero acaban acomodándose en su sitio. Piel de lobo cuenta que al otro lado del río, al pie de la colina de la iglesia, hay un albergue de pobres. Le convendría dirigirse allí.

Marja no consigue poner en marcha los pies. Mira en la dirección que ha señalado piel de lobo, luego mira su mano y, finalmente, su rostro. Se percata enseguida del aspecto de imbécil que debe de tener en ese instante. Empieza a temblar de cansancio.

Piel de lobo toma a Juho en brazos. Marja se asusta, trata de impedirselo, pero apenas consigue esbozar un leve movimiento de mano en su dirección.

—Bueno, os llevaré allí.

Marja tarda un momento en comprender las palabras. Se calma, también su cuerpo cesa de temblar. Entre tanto, la mujer del pañuelo azul se ha acercado al hombre, mira curiosa a Juho.

—Al señor Gustafsson le convendría tener cuidado, que el crío podría tener una enfermedad. El tifus.

—Puede ser, puede. Siempre puede ser. Tifus.

El hombre se gira y echa a andar. Juho estira la mano hacia su madre.

—Venga, vamos —ordena Gustafsson.

Marja sigue la manopla sobresaliente de Juho. Al franquear el cruce, mira al ladrón tirado en el suelo. El hombre del bigote se aleja con el pedazo de carne bajo el brazo. La mujer del pañuelo azul corre hacia él y hacia otro hombre que lo acompaña. En cuanto los alcanza, se gira hacia Marja y Gustafsson y parece explicar algo, tira al bigotudo de la manga, pero los dos tipos están más interesados en el pedazo de carne que en el asunto de la mujer.

Alrededor del ladrón han comenzado a congregarse curiosos salidos de las calles. Entre la multitud se oyen risitas quedas. Marja ve cómo un muchacho arroja mierda de caballo al ladrón. La boñiga helada le acierta en el pómulo. Marja vacila, siente el golpe en su propia mejilla. Pero el ladrón ya no siente, no respira más que sangre.

—Aprende la lección y observa cuál es el destino de los ladrones. En estos tiempos, nadie ve con buenos ojos a quien roba comida. El hambre es la misma para todos. Si vienen mendigos, se les da algo, si hay algo que dar — dice Gustafsson—. Aprende y métetelo bien en la cabeza para que no caigas en tentaciones.

Marja no distingue el rostro del hombre, le parece como si le hablasen pieles de lobo sin vida. No le queda claro si la voz es amable u hostil. Trata de balbucear una respuesta para que el desconocido continúe hablando. La voz de otra persona le hace bien. Cuando hay que esforzarse y concentrarse en escuchar, se olvidan por un instante el hambre y el frío. No importa lo que el otro diga mientras le dirija sus palabras justo a ella. Entonces recuerda que en el mundo existen otras personas, que las personas aún se hablan unas a otras. Y algún día tal vez conversen de nuevo sobre otra cosa que no sea el pan, su falta, el hambre y las enfermedades.

Hablarían de la llegada de la primavera, de cómo el hielo ya ha retrocedido. De que alguien ha visto cisnes en el lago Pyhäjärvi. Que el torrente se ha desbordado por la pradera de la orilla y a su paso se ha llevado el trineo acuático de Verner Lenkola, con su perro Musti sentado sobre él cual capitán de un transoceánico de viaje hacia orillas distantes. Que Juhani ha llevado a Matalena al linde del pantano de Mannonsuo a observar la danza de primavera de las grullas.

—Ya hemos llegado. Le puede pedir un trozo de pan a Hakmanni, el ecónomo de la iglesia, aunque dudo que lo tenga. Pero sí agua para beber. Vive ahí. Al albergue de pobres se va por abajo, en dirección a los campos.

Gustafsson posa a Juho en el suelo y regresa hacia el río sin despedirse. Del cobertizo sale un hombre joven. Se acerca a Marja, abraza su carga de leña como a un niño, y desea a los recién llegados que la paz de Dios sea con ellos. Es Hakmanni. Trata de sonreír, en el rostro asoma una expresión tonta, si bien bondadosa.

—Pan no hay, desgraciadamente, tal vez para el niño un trozo pequeño. Pero alojamiento para la noche sí, abajo. Tal vez pueda darle el mío propio... quiero decir el pan, en casa no les puedo admitir. Está prohibido. Las epidemias. En mi propia casa, me refiero; en la de pobres naturalmente sí, como ya dije. Y esta leña, la llevaré luego. O no, espere mejor aquí, voy a llevarla ahora, luego miramos lo del pan. Para que abajo no haya peleas. Tendría que darles a todos, pero no hay.

Hakmanni se marcha a medio correr hacia el albergue de pobres. Los leños están a punto de escurrírsele de los brazos y tiene que contorsionarse, lo que hace que su caminar parezca dificultoso.

El cielo es del color de un ojo de serpiente. La primera estrella se enciende y Marja siente que la serpiente los observa a ella y a Juho. Marja le devuelve la mirada, ojo a ojo con la serpiente, pero la culebra no se deja embaucar.

Finalmente, la figura de Hakmanni surge por la pendiente nevada, poco a poco, encorvada y negra. Marja desea que le espante a la culebra, pero comprende que el ecónomo no sirve para eso. La serpiente sonrío.

Marja aguarda de pie en la escalera. Hakmanni se sobresalta al verla, se despierta del letargo y coloca la llave en la cerradura.

—¿Les olvidé aquí? ¿A la helada delante de la puerta? El párroco me ha instado a que, en estos tiempos, mantenga la puerta celosamente cerrada con llave, como hay toda clase de caminantes... Hubiese tenido que dejarles entrar al calor. No entiendo qué tendría yo que fueran a robar. Si acaso pan, y a los necesitados hay que dárselo, así que tampoco se puede considerar robo. Seguramente estáis helados hasta el alma.

Ya dentro, Marja se acomoda en el borde del diván. Hakmanni mete pequeños leños en la estufa; con el calor, Juho se queda dormido en el regazo de su madre. Luego, el hombre se limpia las manos en el faldón y desaparece en la cámara. Marja tumba a Juho en el diván y se acerca a una olla a beber agua. Hakmanni regresa con medio pan y un escaso cuartillo de patatas pequeñas, deformadas y negras por la helada.

—En realidad no debería, a los habitantes del albergue de pobres está prohibido... Qué pequeñas son en esta época —se sonríe falto de alegría.

—No se distinguen de los arándanos —recuerda Marja.

—Yo mismo las como, otra cosa no queda, toca conformarse con lo que hay —farfulla Hakmanni pidiendo disculpas.

—Y ya es mucho, no he visto patatas desde hace ni sé cuánto —se apresura a responder Marja.

Hakmanni suspira como aliviado. Balancea el cuartillo de patatas y observa cómo las bolitas pequeñas y negras pasan de lado a lado.

—Son un poco la imagen de estos años. Negras y humildes... Aunque supongo que a este tiempo no se le puede llamar humilde. Impuestos penosos nos piden, y más duros a aquellos a quienes menos se les ha dado. Las cosechas son modestas, y también estas patatas, como las cosechas de estos tiempos, negras y pequeñas...

Bien que al menos habla, piensa Marja. Las palabras flotan en la pequeña habitación cual grandes copos de nieve. Caen despacio sobre Matalena y Juhani, cubren dulcemente su recuerdo, y Matalena sonríe bajo el velo de nieve.

—El niño duerme como un bendito. Da lástima despertarlo.

Los copos se evaporan. Marja se espabila en la habitación en penumbra y mira a Hakmanni asombrada. Este ha dejado de darle vueltas al cuartillo y ha volcado las patatas en una pequeña cazuela.

—Pero claro, hay que despertarlo para que coma, no le puedo dar la comida para que se la lleve. Abajo están todos hambrientos y el hambre desespera a la gente. He sido testigo de cómo se le quita el pan de la boca hasta a un niño —Hakmanni continúa y señala a Juho, que descansa en el diván.

—Mataron a un ladrón en el cruce, allí, al otro lado del puente —cuenta Marja.

Juho mordisquea una patata largo rato hasta que se deshace en la boca y se escurre en forma de saliva por la comisura de los labios. Hakmanni no dice nada, mira fijamente al niño, cuyas mandíbulas continúan su movimiento eterno.

—O no sé si estaba muerto, pero si no, poco le faltaba —continúa Marja.

—Habría que tratar de entender —susurra Hakmanni—. Como en todas partes, falta alimento. La gente persigue un trozo de carne como una manada de perros y nos desgarramos unos a otros.

—Un trozo de carne es justo lo que había robado.

La serpiente ha desaparecido. Las estrellas brillan luminosas y muertas en un cielo que se oscurece. Con un farol en la mano, Marja camina por el sendero trillado en la nieve hacia el albergue de pobres. Tras ella, Hakmanni lleva a Juho dormido.

Del interior de la cabaña les asalta una ráfaga de aire pesado que apesta a humareda. Marja distingue una estufa formada con piedras ennegrecidas, su luz rojiza y trémula, que en pequeñas ondas trata de alcanzar el piso sucio y luego se retira de nuevo a su escondite entre las piedras al chocar con los desharrapados tumbados en el suelo. Hakmanni les da la bendición de Dios y cierra la puerta. Marja toma a Juho en brazos y busca un lugar libre. Se acomoda en el banco bajo la ventana y coloca al niño en el suelo lo más cerca posible de la estufa.

Por dentro, las pequeñas lunas de la ventana están cubiertas de carbonilla, y por fuera, de escarcha, pero a través de ellas ve la estrella que sigue mirándola cruelmente. En ese instante, unos dedos huesudos le rodean el cuello y la derriban al suelo. Perforando hambre y fatiga, una exhalación repugnante introduce pavor en su conciencia. Marja trata de gritar, pero no consigue respirar. Las manos se aflojan finalmente del pescuezo, pero solo para desgarrarle la ropa. Los fríos dedos buscan a tientas un pedazo de pan escondido o la carne consumida y atormentada por el hambre. Angustiada,

Marja trata de agarrarse a la manga de Juho, pero aquellos dedos le aprietan la muñeca y le retuercen la mano.

—La puta reparte su mercancía, cree que así va a conseguir pan — cacarea la voz malévolamente de una vieja en la oscuridad—. ¿Es que no te han dejado meterte en la cama de los señores? ¿Por eso te has venido aquí a esparcir tu mercancía? Jajaja...

El hielo restalla y se quiebra en los troncos de la pared; entonces el hombre se evapora y Marja se queda tumbada en el vacío bajo el aire viciado de la habitación.

Se oye otro estallido; el hombre cae al suelo. Marja necesita un momento antes de comprender el ruido sordo. Se gira y distingue una figura delgada que sostiene en la mano un tronco alargado.

—Has matado a un hombre, has matado a un buen hombre —chilla la vieja.

—Cierra el pico, vieja —se oye en una esquina.

—Compinchado que estás con la puta. La puta seduce y el otro ataca. Han matado a un hombre, ¡asesinos! ¡Asesino! ¡Putas!

—Si se te escapa un solo pío, sapo de los demonios, recibirás del mismo leño.

La voz pertenece a un muchacho joven. Seguramente no mucho mayor que Mataleena, piensa Marja. Juho se ha despertado y solloza. Marja lo atrae hacia sí, lo calma y al mismo tiempo se calma a sí misma.

La puerta se entreabre con un crujido, primero aparece un farol, luego la cara de Hakmanni.

—En nombre de Dios, ¿pero qué jaleo hay aquí?

El farol del ecónomo ilumina la estancia. Un hombre flaco como un esqueleto, de bruces en el suelo, apunta con ojos abiertos de par en par los tallos de paja que poco a poco comienzan a flotar en la sangre roja. Están flotando justo frente a sus ojos, pero él los mira desde muy lejos.

—Muerto —lamenta Hakmanni.

—¡Lo mató la puta! La puta y su ayudante —chilla la pequeña vieja arrugada, pero sus palabras rebotan en las negras tablas del techo.

—Calla la boca, vieja loca. Ni caso. Ya se ve que echó a andar en la oscuridad con los pantalones bajados. Se tropezó y se dio en la cabeza con un

tronco —interviene en la conversación un hombre sentado en un rincón.

Hakmanni lo mira, se gira hacia el muchacho que sostiene el palo.

—Lo encontré en el suelo. Lo levanté para que no haya otro accidente —explica el muchacho con voz calmada.

—Aún no eres un hombre y ya andas por ese camino —dice Hakmanni, más triste que reprobador.

—¿El camino de la mendicidad, quiere decir?

—Bien sabes lo que quiero decir. Por tu propia alma habrías de saberlo, pues también tú tienes un alma. Y la misma alma tiene aquí este desdichado —responde Hakmanni en voz baja.

—No parece que la tenga ya —observa el hombre del rincón.

—Quizá no en este cuerpo, pero ahora está suplicando la misericordia de Dios, la misma que imploraremos alguna vez cada uno de nosotros.

Hakmanni le entrega el farol al muchacho y se gira hacia el hombre de la esquina.

—Hay que sacar el cadáver, por esta noche lo llevaremos a la leñera.

—Dejémoslo en el patio, con el frío se conservará.

—También él era una persona. Además, los perros se lo comerían si se le deja en el patio al cielo raso.

Levantán el cadáver, el muchacho sale a alumbrarles el camino.

—Por la mañana tendrás que continuar viaje, muchacho, ya no te puedes quedar aquí —escucha Marja las palabras de Hakmanni antes de que se cierre la puerta.

Cuando desaparece el farol, la estancia regresa a la penumbra.

—¿Está contenta la puta ahora? Mataste a un buen hombre —espeta la vieja.

—Cierra tu maldita boca, bruja de satanáas, que por lo menos los niños puedan dormir —le ordena una voz femenina.

Marja aprieta la mejilla contra la mejilla de Juho. Está demasiado seca para llorar, pero la lágrima en el rostro del pequeño la reconforta.

Frente a la casa de Hakmanni aguarda de pie una mujer con cuatro criaturas. La vieja menuda cojea hacia ella y Marja la oye explicar que por la noche una

puta mató a un buen hombre. Primero lo sedujo, y una vez consiguió el dinero, le hizo una señal a su cómplice para que lo golpeará con un martillo. Y el cura no se metió en el asunto porque le pagaron para que guardara silencio. Los niños tratan de esconderse detrás de la mujer. En cuanto Hakmanni aparece, la vieja se marcha y se dispone a continuar viaje, se agarra de la manga del primero que pasa y apunta a Marja.

Hakmanni mira a Marja con gesto serio y le pone un trozo de pan en la mano. Le aconseja que se dirija a la casa de pobres oficial al otro lado de la ciudad, donde dan pan a cambio de trabajo.

—En la medida que haya pan —continúa.

—¿Qué habría que hacer?

—Ataúdes.

A Marja se le escapa una risa falta de alegría, también Hakmanni comprende lo grotesco de la situación. Por su rostro se extiende una expresión entre mueca y sonrisa que pide disculpas.

—Que Jesucristo la proteja —susurra, y se marcha a acompañar a la mujer y a sus hijos al albergue de pobres.

En la esquina del cementerio se une a Marja el jovenzuelo de la noche anterior. Le saca una cabeza, aunque es ciertamente un muchacho. Cuando estaba tumbada en el suelo, no reparó en ello.

—Ah, eres tú. No tuve la oportunidad de darte las gracias.

—Bah, de todos modos tenía ganas de darle un golpetón, pero no se me presentó la ocasión antes.

—¿Cómo te llamas?

—Ruuni.

—¿Qué clase de nombre es ese? Uno así no se encuentra en los libros de la iglesia —ríe Marja.

—¿Es que alguno de nosotros está en esos libros, esos con los que llaman a las puertas del cielo? Da igual el nombre con el que uno se echa a pedir. El nombre que me puso el cura no significa nada, y mucho no es que haya llamado el pastor a su oveja. Me llamé a mí mismo y ahora soy mi propio amo.

—¿Y no temes por tu alma, como ese Hakmanni te aconsejó?

—Que el cura sepa decir tu nombre no te va a salvar a ti tampoco. ¿Qué? ¿Compartes conmigo el currusco que te dio la oveja? —pregunta Ruuni.

—Pensaba dárselo a Juho.

—Oye, Juho, ¿lo compartes? —pregunta Ruuni, y se agacha hacia el niño.

Marja se echa a reír y saca el mendrugo de pan del bolsillo. Ruuni trata de divertir a Juho simulando que se separa el pulgar, pero el niño mira grave el dedo que se mueve solo y no comprende qué tiene aquello de prodigioso. Se sientan en las escaleras de un almacén y Marja divide el trozo de pan en tres partes.

—Auténtica harina de pino. Es un zorro el tipo, esa sombra de cura — Ruuni admira y chupetea el pedazo de pan entre suspiros.

—¿Vas a ir allí, a la casa de pobres, a hacer ataúdes? —pregunta Marja, y el muchacho niega con la cabeza.

—¿Sabes? No te voy a preguntar tu nombre. Al final de este camino nos espera una fosa común. Y al pie de la tumba ningún cura nos llamará por el nombre, no señor. Cuando el Día del Juicio nos arrastremos todos fuera del agujero a cuatro patas, no se va a saber de quién son los huesos que allí se han arrejuntado. Y por muy finolis que sea el nombre que uno haya tenido, por ejemplo, Viljaami, puede ser que se levante con la tibia de un simple Jussi. ¿Y entonces es Viljaami o Jussi? El diablo tendrá que echar a suertes quién sube y quién baja. En el mismo saco de huesos estará toda la panda. Y no hay diferencia alguna con el momento presente. Aquí ya estamos en una gran fosa común. ¿Cómo se puede ver la diferencia, si todos estamos hechos unos esqueletos?

Juho se ríe entre dientes, eso pone a Marja de buen humor.

—Los señores, algunos al menos, tienen mejores carnes —observa Marja.

—Y así irán cielo, que bien saben suspirar «oh, Dios nuestro señor» hasta los flacos. El resto más bien llamamos al diablo. Los señores, a Dios, excepto el patrón de Vaasko. Ese manda al diablo tanto a mozos como a criadas, pero a un incordio tal ni el mismo demonio se lo queda. Metería en

vereda al mismísimo infierno, y el demonio empezaría a sentir lástima de las almas atormentadas. Y así, va y aparece el viejo Vaasko en las puertas del cielo y *pa dentro*.

Las historias del muchacho divierten a Marja. Ruuni ha escuchado con atención las conversaciones de los hombres. Y ha aprendido las fanfarronadas típicas de los mozos de haciendas grandes. En los bailes, se sientan con los brazos cruzados detrás de la nuca, la gorra sobre los ojos, y dan la tabarra con los patronos, patronas y traseros de las criadas. A la mañana siguiente están de pie, gorra en mano, como en el examen del catecismo delante del sacerdote, escuchando la reprimenda de esos patronos sobre los que habían estado ladrando, porque el caballo está mal embridado o la guadaña mal afilada.

Juho aún se ríe. Su risita ara un sendero en la desesperación gris. Y al otro lado no asoma la muerte blanca, sino una San Petersburgo primaveral, verde amarilla. Emerge la ciudad del zar en el vacío endurecido por el hambre que una fría mano huesuda aprieta en el estómago de Marja. Ahora el puño cede, en el centro aparece una calle adoquinada en cuyos márgenes reverdecen bellos abedules y que Marja recorre con Juho de la mano; entran en una tienda, compran pan, el fornido tendero sonrío, qué niño más rechoncho, ensalza al pequeño. De la trastienda asoma el rostro sonriente de la mujer del tendero, sí es rechoncho, y el tendero le entrega a Juho una rosquilla.

—De todos modos, dime cómo te llamas. Así puedo interceder por ti a las puertas del cielo. Como voy a llegar antes... —Ruuni interrumpe los pensamientos de Marja.

—Marja me llamo. Y tú no vas a ir al cielo. En cambio, yo puedo hablar bien de ti al zar cuando llegue a San Petersburgo.

—Vaya, vaya. Pues de Dios nada. Continuemos viaje juntos, yo también podría ir a San Petersburgo y hacerme soldado. Esperad aquí un momento, que tengo que ocuparme de un asuntillo —dice Ruuni, y desaparece detrás del almacén.

Fuera de la ciudad logran que un anciano los lleve en trineo. El viaje transcurre en silencio, solo la nieve cruje triste bajo los patines. Al borde de un campo, el granjero se detiene.

—Aquí os bajáis. Continuáis por ese surco a través del campo, allí aparecerán unas casas —dice, y Marja comprende que no quiere ofrecerles hospedaje para la noche.

Trata de establecer contacto visual, pero el hombre mira ora más allá de los campos, ora la nieve, pero nunca a ella.

La breve claridad del día todavía durará un tiempo. En mitad del campo hay un henil y Ruuni propone que descansen allí un instante y tomen las provisiones.

—¿Qué provisiones vamos a tener? —se extraña Marja.

De las entrañas de su abrigo el muchacho se saca un pan.

—¿Lo has robado? —se horroriza Marja.

—Puede ser que sí.

Las paredes del henil son ralas, pero dentro hay algo de hierba. Marja piensa si aguantarían allí el frío de la noche.

Ruuni divide el pan en tres partes y la menor se la entrega a Juho.

—¿Cómo es que has acabado de mendigo?

—El patrón de la hacienda Vaasko me puso de patitas en la calle en cuanto empezaron a sonarle las tripas. Viejo gordo y glotón. No más asoma el hambre por el rabillo del ojo, enseguida tiene que ponerse a zampar. Supongo que calculó que, si echaba a los mozos, no tenía que racionarse él la comida. Aunque con ese estómago, mal no le vendría.

—¿Eres huérfano?

—Madre se murió de tifus en un taller de caridad. Eso fue en primavera; desde entonces he andado de aquí para allá. No ayuda quedarse en un sitio, cuando uno ya no es un chavalín de ojos grandes. No me quedó otra que aprender a robar. Con alguien como yo, no hay lástima que valga, y no he tenido tiempo de hacerme con una criatura que mostrar cuando mendigo. Me podrías prestar a Juho, con él viviría como un señor. Seguro que a vosotros os dan comida enseguida, lagrimilla incluida, en cuanto os presentáis en la puerta.

—No es así exactamente —dice Marja, y piensa en Mataleena.

En la expresión de Marja, Ruuni capta que con el pan se traga las lágrimas. Le posa la mano sobre el hombro. Marja posa la suya sobre la del muchacho y la aprieta con ternura. Por un segundo siente como si todos los mendigos del mundo pertenecieran a la misma familia, experimentarían el mismo dolor, llorarían a Mataleena y compartirían con ella su carga.

Se acurrucan los tres entre el escaso heno para dormir juntos, cerca uno del otro, como cachorros de ratón en el nido. Marja acaricia las orejas de Ruuni, le sobresalen en la cabeza como las de un polluelo que aprende a volar. Es difícil imaginarse al muchacho de orejas de soplillo como un esqueleto, aunque su rostro está consumido por el hambre, los ojos hundidos y tiene oscuras ojeras. Juho y Ruuni ya roncan dulcemente. También a ella se le cierran los párpados.

Marja se levanta entre hierba. Las paredes del henil son aún más ralas. El viento gime ronco como un tuberculoso. Por el hueco entre las tablas, Marja distingue una figura lejana que se acerca por el campo, tiene tres piernas. Reconoce de súbito en él al hombre a quien mató Ruuni.

Avanza por la nieve sin pantalones, entre sus piernas cuelga un miembro largo, como un enorme carámbano. En el campo helado ara un surco del que brota sangre roja.

Marja está horrorizada, se aprieta contra la pared y espera que el hombre no la vea. Ya pasa de largo arrastrándose, cuando de pronto se detiene y se gira hacia el henil con ojos muertos, la lengua le cuelga impúdica. Y los ojos irradian algo que hace que Marja se paralice de pavor.

De repente comprende que se trata de Juhani. Su Juhani. Pero el alivio dura un instante, pues los ojos de Juhani son bolas de nieve que se desmoronan con el viento y solo quedan cuencas negras. Entonces sopla sobre él el aire glacial, se convierte en nieve y deja de existir; poco a poco su amado se disipa por el campo blanco. Marja mira alarmada a Juho, tumbado en mitad de la hierba. Pero no es Juho, sino Ruuni, con quien acaba de yacer.

Y aun así es Juho, jamás ha existido Ruuni, sino que su pequeño ha crecido sin que se percatara, y lo ha confundido tomándolo por un hombre.

Chilla, pero el grito no sale, una mano invisible lo empuja de vuelta a la boca, la boca se queda abierta, no le llega el aire.

Se da cuenta de que el henil es el mismo en el que dejó a Matalena, y cuando se gira a mirar, la niña duerme a su lado, blanca como la nieve, sobre la tabla mortuoria gris.

Marja se despierta sobresaltada y jadea en busca de aire. El frío penetra por todas partes y atraviesa el cuerpo. Allí está Juho a su lado, pegado a Juho está tumbado Ruuni. Marja trata de exhalar la pesadilla, pero pasa un buen rato hasta que las imágenes la dejan en paz. Luego sacude a Ruuni para despertarlo.

—Hay que continuar viaje. Aquí hace demasiado frío como para pasar la noche, ya empieza a oscurecer.

Ruuni se despierta de mala gana. Cuando entreabre los ojos, el frío le sobreviene. Cuando vuelve a cerrarlos, algo tira de él hacia el calor traicionero del sueño. Pero Marja los obliga a ambos a ponerse en pie.

Las sombras se alargan, comienzan a desplegarse por el paisaje y al poco lo engullen en su interior. La nieve es profunda, Ruuni y Marja se turnan para llevar a Juho. Ella trata de mantener San Petersburgo en su pensamiento, pero la ciudad encoge, alrededor crece la planicie nevada y el bosque tenebroso que acaba ocultando en su interior los palacios que huyen en la lejanía.

Al final, solo queda el albo surco del camino que serpentea entre los abetos tenebrosos; la nieve crea una luz desalmada: como para atormentar, descubre un sendero que no se acorta al recorrerlo. Hasta que detrás de la curva aparece de pronto un río estrecho, congelado, el puente de madera que lo atraviesa y, en la otra orilla, se distinguen un molino y su cabaña.

Ruuni empuja la puerta del molino sin llamar. La estancia es pequeña. Resuella el molinero en un diván. Es demasiado corto para él, el hombre está extrañamente encogido. Una luz débil dibuja sombras profundas en su rostro

blanco como la muerte. El molinero gira la cabeza hacia la puerta, mira a los recién llegados con ojos vacíos.

—Viruela —se oye decir en un rincón de la estancia.

Marja distingue a una mujer de cabello gris. Se ha puesto en la cabeza un gran calcetín de lana, deshecho por la frente, y debajo asoma pelo desgredado. Marja se fija en los pies del molinero. Largos. Es un hombre grande. Lo era, pero ya no.

—Cierra la puerta —ordena la mujer—. ¿Es que no hay por ahí otro sitio adonde ir? La enfermedad no se pega si no os acercáis, pero la helada os mata seguro si escapáis a la noche.

Promete comida solo para Juho. La estancia es sombría, una luz extraña parpadea en el hogar abierto. La mujer parece internarse por momentos en la oscuridad y aparecer de nuevo en el rincón cuando las brasas flamean luz roja en su dirección.

En el límite del techo, por todas partes cuelgan distintos ramos de hierbas secas. La dueña de la casa se incorpora penosamente, troncha un tallo de hierba de un ramo y lo desmenuza en tazas de madera, encima vierte agua caliente de una cazuela. Empuja los recipientes hacia Ruuni y Marja. Ruuni vacila, la mujer se ríe tétrica.

—Sabía que esto sucedería, porque hace dos otoños se sentó un cuervo blanco en el pico del molino —dice, y mira punzante a los extraños.

—Está loca —susurra Ruuni a Marja.

La mujer golpea la mesa con sus pequeños puños, los ojos negros se inflaman. De pronto estalla de nuevo en carcajadas tétricas.

—Y qué, quién no lo estaría en estos tiempos. Pronto hará ya dos años que la enfermedad hace estragos por aquí. Hasta los viejos estaban llenos de pus y casi murieron de eso, no pudieron abrir los ojos en semanas. Y tuertos que se quedaron. Ese de ahí tiene costroso el cuerpo entero, normal que se le vaya a una la cabeza. Un castigo de Dios por la maldad de los hombres, dice el cura.

La mujer mira al molinero estertoroso, luego levanta la vista, atraviesa los troncos del techo y las nubes lúgubres que se han congregado sobre la cabaña, hasta el reino de los cielos, y en la mirada arde un oscuro reproche.

—¡Y qué mal te ha hecho a ti este hombre! ¡Te sacaré los ojos, Satanás, pues de todos modos no ves esta penuria!

Marja se sobresalta por el arrebató de la mujer y está segura de que eso ha hecho también Dios padre en su trono, y ahora cambia a una posición más cómoda.

—¡Ah! —brama el molinero en el diván, y trata de alzar el puño, pero se desploma inerte sobre la manta.

Ahora la mujer clava los ojos en las tablas de la mesa y las araña con sus uñas negras. Marja la ve observarse los dedos, como si esperara que tras ellos se abriera un campo arado y en los surcos brotaran grandes patatas doradas. En su lugar, se le clava una astilla bajo las uñas y la mujer se calma mientras se la extrae.

—En todo el otoño, por aquí no ha habido otra cosa que moler que huesos de animales. Ni un grano, solo huesos, roídos hasta dejarlos blancos. A veces pienso que cuando a ese de ahí le llegue la hora de abandonar este mundo, también le moleré los huesos para una harina fina. Y yo misma me estrujaré entre las piedras de molino con alguna brujería. Dejaré la puerta y los ventanucos abiertos para que el viento se lo lleve consigo. Que de nosotros no quede huella ninguna en este mundo. Como si jamás hubiésemos existido. Un hombre que no ha hecho más que trabajar toda la vida y le toca padecer un final así.

De pronto la mujer se levanta y ordena a los mendigos que duerman en el camastro para las visitas. Empuja al molinero de costado y se tumba en el estrecho diván a su lado. Las brasas del horno aún brillan durante un rato anormalmente largo.

Juho ya no se mantiene despierto. Marja y Ruuni vuelven a alternarse para cargarlo. El viento les golpea con frialdad escurridiza, sería preferible una helada en condiciones. La serpiente ha salido victoriosa, ronda a los peregrinos, asalta entre los árboles de vez en cuando, pero no asesta su golpe de gracia final. Tras una caminata que parece interminable, Marja divisa una casa sobre una colina y la culebra se retira lejos, hacia los campos, a esperar que el viaje continúe.

En el patio ladra un perro flaco. Muestra sus dientes, Ruuni le hace una mueca.

—¡Volved por donde habéis venido!

Un hombre de gran tamaño, con bigote caído, abre de un empujón la puerta de la casa. Está en mangas de camisa, en el puño en alto sobresale un dedo largo que señala hacia el campo. El mismo donde la serpiente de Marja acaba de colocarse. La víbora tiene tiempo para esperar, ella no.

—El niño no puede más, tenga piedad —suplica.

Una mujer flaca asoma por la cuadra. Se aproxima hacia Marja, agarra por la barbilla a Juho, en brazos de su madre, y le gira la cabeza de modo que ve los ojos.

—¿Tenéis enfermedades?

—No, pero el niño está completamente rendido, el hambre y el frío...

—No se le puede echar a la intemperie, a la noche —dice la mujer a su marido, de pie en las escaleras.

—El otro es ya bastante hombre, a ese no le dejo entrar. Es un ladrón, se le ve.

—Tú puedes quedarte a pasar la noche con el niño. Por la mañana continuáis hasta el pueblo, tengáis fuerzas o no. Ese puede irse ya mismo, si se da prisa, llegará antes de que se haga de noche del todo —dice la mujer, desdeñosa.

—Pero si va a oscurecer enseguida —se queja Ruuni.

—Entonces, andas a oscuras, eso a mí me da igual. El pueblo no está tan lejos.

—¿Hay por aquí otras casas donde se pueda probar? —pregunta Marja.

—No hay, si las hubiera ya os habría mandado allá. El pueblo es lo más cercano, el chaval puede probar allí. Si roba, se atendrá a las consecuencias. Sin embargo, vosotros es probable que no llegarais hasta allí.

—Me voy, os espero allá en el pueblo —dice Ruuni.

Marja se gira para darle un abrazo de despedida, pero el muchacho ya baja por la pendiente.

Con Juho en brazos, Marja entra en la casa detrás del hombre y la mujer. Por la ventana ve que Ruuni se ha detenido al pie de la colina. Los hombros están hundidos, ráfagas de viento lo balancean como a un pequeño abedul. El

perro flaco lo ha seguido un trayecto y ladra a mitad de la pendiente, allí donde comienza un pinar ralo.

—¿Madre?

La voz proviene de un rincón oscuro. Cuando los ojos de Marja se acostumbran a la penumbra, distingue a un muchacho sentado en el banco junto al fogón. Tiene la edad de Ruuni.

—Aquí —responde la mujer.

—¿Quién ha venido?

—Extraños. No los conoces.

El muchacho mira a un punto cerca de Marja, como si alguien estuviese allí de pie. Ciego, comprende ella.

—Échate ya a dormir —le dice el hombre.

El muchacho se incorpora y trepa al nicho del fogón. Marja distingue su rostro cuando el hombre enciende una tea. De nuevo mira a un punto al lado de Marja, y ella no puede evitar comprobar que no haya alguien sentado allí.

El dueño de la casa se coloca a la cabecera de la mesa, mira a Marja enfurruñado y se sopla el bigote. En él hay algo inánime, como si un viento saliera y entrara en él y agitara los líquenes de las ramas de un abeto. La mujer hace fuego en el fogón y pone la olla encima. Al poco, sale vapor.

Cuando la mujer coloca las tazas delante de Marja y Juho, el hombre se levanta y desaparece en la cámara. Las tazas contienen gruel gris. La mujer se sienta muda en el lugar que el hombre justo ha abandonado. En el regazo tiene medio pan del que separa unos pedazos y se los entrega a Marja.

—Gracias.

Marja vuelve a ver el rostro del muchacho ciego en la repisa del fogón.

—Duérmete ya —gruñe la mujer, y el rostro desaparece en la oscuridad.

—¿Siempre ha sido... ciego?

—De nacimiento. Pero en esta comarca no está solo con su mal — responde la mujer.

La tétrica alegría de su voz le pone a Marja la carne de gallina.

El gruel de la taza parece nieve sucia medio derretida, esa que en primavera enmaraña el sendero de la cuadra. Pero ahora, la idea de la primavera parece melancólica, Marja no ve el verano que la sigue, sino la

vuelta del invierno. Se lleva la cuchara a los labios y clava los ojos en la repisa del fogón, en la oscuridad. Desde allí miran unos ojos ciegos.

A través del sueño, Marja oye el crujido de tablas de madera bajo unos pies. Los pasos transportan un pesado jadeo en la oscuridad. Un chasquido de yesca. La tea se enciende con un crepitar y a la tenue luz se alza en la pared una silueta amenazadora. La figura innaturalmente alta tiembla espectral al quitarse la camisa. El hombre se inclina desnudo sobre Marja, le arranca la camisa y la falda antes de que ella alcance siquiera a oponer resistencia. El grito se asfixia en la garganta, el terror paraliza su voz, es como una masa de agua que traga a quien no sabe nadar, negra y fría.

—No te creerás tú, ramera, que vas a comerte aquí gratis nuestras últimas migas de pan.

El hombre le mete los dedos entre las piernas, luego los saca, los escupe y los vuelve a forzar dentro. Acomete jadeante a Marja, a quien la mano fría del terror empuja bajo la superficie, no la deja salir. Se le acaba el oxígeno. Entonces la penetra.

—Maldita jamelga seca —resopla.

El momento que parece interminable termina cuando el hombre lanza un gañido. Luego chilla y se retira de Marja como si se elevase por el aire.

Su mujer le está tirando del pelo. Él se pone la camisa y regresa a la cámara, de camino maldice al muchacho, a la cara que asoma por la repisa del fogón.

La voz por fin se abre camino en la garganta. Marja se la traga al ver la mano de la mujer, alzada para golpear, que sin embargo se queda temblando en el aire.

—Putas, putas, putas —bufa la mujer entre los dientes.

También agarra a Marja del pelo y empieza a tirar y a girarle la cabeza. Juho se aferra al cuello de su madre.

—Puedes largarte a la cuadra a pasar la noche con el resto de las vacas, aunque allí no hay un toro para ti — dice soltándola por fin.

Marja recoge su ropa rasgada, viste a Juho atropelladamente y se acerca a la puerta y la abre. Fuera está oscuro y hace frío. La mujer está de pie en la

estancia iluminada por una tea y ahora se tira de su propio pelo. Por la repisa del horno asoma hacia la luz la cabeza del niño ciego y se balancea a la manera de un péndulo.

Entonces la mujer se suelta el pelo y en un instante su expresión de dolor se transforma en arrogancia. Levanta el farol que cuelga de un clavo en la jamba de la puerta, lo enciende y se lo entrega a Marja.

—Vete. Y por la mañana ya no estarás por aquí, puta.

La oscuridad se alza del manto de nieve con los remolinos. El viento murmura en los árboles; detrás, la mudez de la noche es infinita. La puerta de la cuadra se resiste cuando Marja trata de tirar de ella, entonces un viento la abre de par en par y la nieve se cuele dentro y se lleva consigo a Marja. En algún lugar se oye el mugido resignado de las vacas.

En la estufa de la cuadra quedan rescoldos que irradian la misma luz tenue que en el molino. Marja cuelga el farol de un clavo, arroja unas ramillas a las brasas, que se encienden con un ligero crujido, como si se quebrase el hielo de un charco al pisarlo. Al lado de la estufa, encuentra una gualdrapa en la que envuelve a Juho.

En la cuadra hay tres vacas flacas. Marja repara en unas tijeras de esquilar metidas en un resquicio de la jamba de la puerta, las saca y elige la vaca más sana; le abre en el cuello un pequeño tajo. El animal muge suavemente. Marja lame el corte y empieza a chupar la sangre. La vaca vuelve a mugir y derriba de un topetazo a Marja. Tirada en el suelo, trata de lamerse de la mejilla las lágrimas, que no brotan.

—Madre, dame calor —pide Juho.

Marja se arrastra hacia el niño, se envuelve en la manta a su lado y se queda dormida. Sueña que no existe. Un sueño donde no hay sueño, solo una oscuridad ilimitada, incolora.

Finalmente, Marja renace en medio de la oscuridad. Al principio es apenas un reflejo sobre la superficie que luego los sentidos llenan con su impiedad. La oscuridad en derredor se transforma lentamente en un espacio que reconoce

como la cuadra. Por el hueco de la puerta se derrama una luz lívida. La luz se condensa en una mujer que se inclina para levantar las tijeras ensangrentadas, que arroja sobre Marja.

—¿Qué clase de demonio te envía?

Los ojos de la mujer destellan odio frío. Marja forcejea para salir de la gualdrapa, tropieza al arrastrar a Juho fuera del establo. La mujer la sigue con un balde en la mano. En el patio, el hombre llama al perro, que no se ve por ningún sitio.

—¡Tu puta ha sangrado a una vaca!

El hombre se abalanza sobre Marja, la derriba y le restriega nieve en la cara.

—Te mato, te mato.

Aprieta su fría palma de la mano contra la cara de Marja. Ella escucha el grito de Juho, entre los dedos del hombre ve a la mujer blandiendo el cubo con intención de golpear. Se oye un ruido sordo, la mano se afloja, el hombre se desploma.

Marja agarra a Juho del hombro y desciende a trompicones por la pendiente. Solo abajo se atreve a echar la vista atrás y ve a la mujer aporreando con el cubo al hombre, acurrucado.

Juho tira de su madre y la saca de un ventisquero. Jadeante, Marja echa a andar por el camino. El viento helado arranca la nieve del campo y la arroja por todas partes, no sabe decidir desde qué dirección abalanzarse sobre los caminantes.

Delante se ve un puente, un camino hacia otro mundo, igual de blanco; el puente es solo un punto oscuro en el paisaje.

De pronto, Marja repara en el cadáver de un perro cubierto por la nieve al borde del camino. El velo nevado es fino, el animal no lleva allí tirado mucho tiempo. Le han rajado el costado en canal, por el hueco abierto se ven las vísceras de un extraño gris. Las han desgarrado con los dientes, Marja no sabe si sus escalofríos se deben a la visión grotesca o al viento helado. El perro es el que les ladró ayer al llegar a la casa.

Pisa el puente. Toma a Juho en brazos y lo aprieta contra su pecho con tanta fuerza como su debilidad le permite. El puente es una lengua voraz, dispuesta a llevar al caminante a la garganta del invierno, a satisfacer su hambre interminable y jamás saciada.

El viento se decide por una dirección y empuja a Marja contra la pasarela. A sus pies ondean remolinos de nieve, la corriente ya no circula bajo el puente, sino a lo largo de él, hacia la planicie nevada de la otra orilla, donde el camino se pierde.

En la distancia se distinguen árboles en torno a un claro, se transforman en la silueta de los palacios y las torres de la ciudad del zar. Huyen parpadeantes en la inexistencia y hacia esa inexistencia se arrastra Marja con Juho en brazos. De la copa del abeto más grande desciende el zar en persona, pero vestido de parca, en forma de cuervo negro.

Pasado el puente, Marja ve el cadáver. Está acurrucado en posición fetal. El rostro, sin embargo, se ha girado hacia el cielo, la boca está abierta en una mueca perpetua. Como si en el último momento el muerto hubiese percibido que el útero en el que se ha colocado a esperar el renacer es el útero desconsolado de ese invierno estéril.

Las orejas, demasiado grandes en su cabeza delgada, hacen que el cadáver parezca un murciélago congelado. Los largos dedos se aferran con igual desesperación a las rodillas. Marja se inclina y se acerca al rostro de Ruuni. Tarda un rato en comprender que en verdad es Ruuni. Ya no tiene ojos, se los ha cobrado el zar, ahora sentado en la copa de un gran abeto mostrándoles su reino. Aquí tenéis San Petersburgo, un campo nevado; más no os puedo dar.

Mientras mira fijamente la boca abierta del muchacho, Marja repara en el pelo adherido entre los dientes y en un trozo de carne de perro.

Con ternura posa sus labios sobre los labios de Ruuni. Siente la frialdad de la muerte, que inhala en su interior al besar al muchacho muerto.

Una ráfaga de viento exhala una fina cortina de nieve sobre el cadáver. Algo obliga a Marja a incorporarse y avanzar, pero tras unos pasos se agotan las fuerzas. Se hiela en el sitio. De algún recoveco del estómago vacío brota una pena insondable. Trata de imaginarse el color de la vida en el rostro de Ruuni, pero solo ve las orejas blancas azuladas desgarradas por la helada.

La pena se espesa y se vuelve tristeza. La tristeza colma el cuerpo, convierte a Marja en un barril en el que se apiña agua pesada. El agua empuja las duelas, que ya no resisten. En la profundidad del agua de tristeza duermen Matalena y Juhani. Marja da unos pasos inseguros hacia delante; luego, las anillas que mantienen el barril ceden.

El agua erupciona a sus anchas, le moja los pies y se infiltra por las piernas y sube hacia arriba, hasta que Marja es una sábana sucia, húmeda y pesada por el agua. La humedad cristaliza en nieve fina, el viento la atraviesa, Marja se diluye en la ventisca. Los montones de nieve recubren a Matalena, que yace en una tabla de difunto. Marja pide ayuda a Juhani, pero la voz es apenas un estertor. Juhani cisne está preso en el último pedazo congelado, no puede volar, posa la cabeza en el borde del hielo y se desliza despacio hacia el agua negra al tiempo que la abertura en el hielo se cierra por completo.

Marja siente que su cuerpo se desmorona. Juho se le escapa de la mano. La caída dura una eternidad; ve como todo se convierte en un infinito campo de nieve.

Entonces la eternidad cesa. La tierra no la recibe suavemente, allí aguarda una frialdad inmisericorde, nieve eterna que se disipa en forma de nube cuando Marja se desploma.

El color de la muerte es el blanco. Su trineo se detiene junto a Marja. La Muerte en persona ocupa el lugar del cochero, el zar ha descendido del árbol y está sentado en el pescante a su lado. El trineo desaparece, surge una oscuridad blanca y todo lo cubre.

—Madre...

Es Juho. Luego no hay nada.

El senador

En la calle resuenan los ladridos de un perro solitario, se intensifican y convierten en aullidos. A ellos se suman los de otro perro, algo más lejos, en dirección a Kamppi. El senador asciende vacilante por la calle Yrjönkatu. Se detiene frente a su casa y contempla las ventanas oscuras.

Un tercer perro se une al concierto, el aullar lastimero sube y baja como una ola que muere en la playa, que desaparece en la arena dejando espacio para una nueva. La luna está alta, contra su luz observa el senador el vaho de su respiración. Está solo, sus partidarios en el Senado se han alejado. Adlerberg va a conseguir imponer su voluntad y comenzará a construirse la línea férrea a San Petersburgo. A tal efecto se contraerán deudas que algún día le saldrán caras a la economía del Estado.

La casa parece desierta, las sombras que proyectan las cortinas oscuras acentúan el vacío. Nadie está despierto, justo ahora, cuando necesitaría a alguien con quien hablar.

En los últimos meses, cada noche ha recorrido medio camino hacia su mujer. Y cada mañana ha despertado solo, ha regresado al inicio del sendero. Y por la noche, cuando cierra los ojos, ve a Jeannette: está tumbada en la cama, se retuerce, intenta traer al mundo un bebé prematuro, el lecho se inunda de sangre. Él permanece de pie a su lado sin saber qué hacer, con el cadáver de su Magdalena de dos años en brazos. A la pequeña, a la dulce Magdalena, habría que enterrarla, y ahora también Jeannette lo abandona y consigo se lleva a su pequeñín recién nacido.

Esos sueños lo atormentaban hace diez años y ahora han regresado. Los trajo de vuelta una noche de helada a principios de septiembre. Después, estuvo claro que para el país ese invierno sería una catástrofe.

Y a finales de octubre, Adlerberg había regresado al cargo de gobernador general. Con Indrenius, el senador se había llevado bien, Indrenius le había dejado las manos libres. Y de esas mismas manos,

Adlerberg le había arrebatado las riendas, y ahora guiaba el carro, incontrolado como un matón por una calzada rural en Ostrobotnia.

La construcción del ferrocarril va a salir cara, el préstamo negociado con los alemanes llevará la hacienda del Estado al borde de la ruina. Y para levantar las vías se requiere una enormidad de gente. Para las obras de construcción habrá que arrancar de sus regiones a personas hambrientas, y es obvio que se propagarán las enfermedades. Muchos morirán.

En la casa se enciende una luz, alguien está en vela a pesar de todo. El senador franquea la puerta. Al oír ruido en el pasillo, el ama de llaves sale de la cocina.

El senador entra en la sala de audiencias y enciende la lámpara de la mesa, atenúa la llama que ilumina escasamente dos sillones y los pequeños retratos que están en el nicho de la pared.

—¿Se ha saldado la factura del carnicero?

—Hanna es una buena muchacha, se cuida de que todo se haga puntualmente. No se preocupe usted por ello.

—Bien. Puede usted acostarse, Ulrika. Voy a quedarme despierto un rato más.

El ama de llaves le da las buenas noches y se marcha.

El senador deambula por la habitación en penumbra, endereza los pliegues de las cortinas, un acto de costumbre. Él mismo las ha colgado, las colgó en vida de Jeannette.

Después de servirse una copa, se acomoda en un sillón, mira el otro, el vacío de enfrente. Ojalá lo ocupara ahora algún viejo amigo con el cual poder conversar sobre el estado del mundo.

Amplifica la llama de la lámpara de modo que ilumine bien las imágenes de la pared. Examina el rostro de Jeanette, lo estudia de nuevo, para que jamás se borre de su mente. Esa expresión seria y los ojos oscuros que bizquean solo un poco, encantadores.

La luna se ha escondido entre las nubes, la calle Yrjönkatu está a oscuras. El senador descorre un poco la cortina, en la ventana observa su propio reflejo. Chupa la pipa y el rostro tremola un instante al resplandor de la cazoleta, entre los ojos distingue una arruga profunda.

A la gente parece interesarle mucho los detalles, piensa. Lo más importante es, no obstante, ver la totalidad tras ellos, pues solo en la visión de conjunto cobran los detalles su importancia. Si no, se quedan colgados en el aire, como si la arruga de la frente fuese únicamente un rasguño en el cristal de la ventana.

El libro de Juho

Primero cae el niño. Consigue ponerse de rodillas, pero cuando la mujer se desploma, él parece disolverse en la nieve. Teo ordena al cochero que se detenga. Entre juramentos, el hombre tira de las riendas.

La mujer ya ha muerto. Teo se quita el gorro de pieles, se arrodilla, posa la mejilla en la nieve junto al rostro de la mujer y mira dentro de sus ojos. Delante hay una gasa pálida, como si se hubiesen corrido las cortinas de la ventana, y detrás de la gasa, una desolación inconsolable; se ve siempre al mirar en los ojos de los muertos. Trata de imaginar la última llama mortecina en su mirada, pero no la ve. Ha pasado al niño, y sin esa luz prestada el pequeño no sobreviviría mucho tiempo.

El cochero de la venta dice que no son lugareños.

—¿Qué habría que hacer con ellos? —pregunta Teo.

El cochero opina que eso es problema de Teo, si tiene la intención de hacer algo. En lo que a él respecta, los dejaría a ambos allí, al niño junto a su madre, de todos modos no sobrevivirá. Teo toma al niño en brazos y lo lleva al trineo. Lo separa de su madre. Ya lo había separado la muerte, él solo trata de impedir que la muerte repare su error.

A los pocos metros, el pequeño mira hacia atrás, entonces comprende, alarga la mano y susurra: «madre». La mujer queda acostada en medio del claro, la nieve la envuelve con suavidad. Cuando el trineo llega a la linde del bosque, nadie la distinguiría de la nieve si no supiera que está ahí.

Si el muchacho se duerme, ya no despertará. Tal vez el cochero es más sabio, piensa Teo, y hubiese sido mejor para el niño morir al lado de su madre que en un trineo desconocido. Ambos hubieran acabado en la misma fosa común, podrían estar juntos, ninguno necesitaría yacer solo para la eternidad.

Sin embargo, el muchacho vive.

Se despabila y pregunta por su madre. La mirada de Teo vaga por los árboles que pasan oscilantes, por sus ramas nevadas, en las que poco a poco

la luz se torna azul. El gorro de pieles le irrita la frente.

—¿Cómo te llamas?

—Juho.

—Yo soy Teo... el tío Teo. ¿Dónde está tu padre?

—Durmiendo.

—¿Dónde duerme?

—Mataleena fue al henil con padre.

—¿Quién es Mataleena?

—Mi hermana.

—¿Y ella también está durmiendo?

—Sí —susurra Juho.

Padre, madre y Mataleena ya no existen, solo Juho. Juho observa durante largo rato el sombrero viejo y desgastado del cochero.

—¿De dónde eres? Quiero decir, ¿dónde vives o vivías? —intenta Teo, pero únicamente encuentra la mirada del niño, que no comprende, y él se da cuenta de lo desesperado que resulta averiguar desde dónde se han echado a pedir el pequeño y su madre.

—¿Va también madre al henil? —pregunta Juho.

—Sí, seguro... pero ahora el tío te va a llevar a la ciudad.

—¿A la iglesia?

—Sí, a una iglesia bien grande.

—Pero ¿madre no viene?

En la aldea, Teo busca al médico local. Se llama Löfgren, no lo conoce de antemano, pero cuando ofrece pagar por la habitación, Löfgren declina rotundamente la retribución y exige poder ofrecerle a un colega alojamiento para la noche. Pueden permanecer allí tanto como sea necesario, asegura.

—Es pariente mío. Lo llevo a Helsinki, sus padres han fallecido —explica Teo.

El doctor Löfgren examina la ropa andrajosa de Juho y se retuerce la punta de su puntiaguda barba entre los dedos.

—Habría que encontrarte mejor vestimenta —dice—. Ya que vas a la ciudad —añade con una sonrisa.

Se dirige a Juho, pero el rostro del pequeño permanece impasible; está mirando fijamente los zapatos del médico como si en ellos hubiera algo mágico.

El niño duerme entre ropa de cama limpia. Teo se pregunta si habrá visto alguna vez algo tan pulcro. Las sábanas, sin embargo, no parecen sorprenderle, y da la impresión de que acepta el mundo tal y como llega. El hambre y el frío no alteraron la expresión muy grave de su rostro mucho más que una cama caliente y un cuenco de sopa.

Löfgren ofrece una copa a su colega. Teo se levanta del sillón y se dirige a la ventana, al otro lado ventisquea. De alguna manera, le resulta irreal contemplar la nevada borrasca desde el calor de la estancia. El fino cristal es una membrana entre dos mundos, y Teo no se atreve siquiera a rozarlo para que no se quiebre el hechizo y el exterior no entre en contacto con su propia realidad.

Piensa en la mujer acostada en la nieve. Los copos descienden sobre ella, no la cubren con suavidad, sino como un mar enfurecido arrastrando a un naufrago hacia las profundidades. La mujer era la madre de Juho, ahora el pequeño no tiene a nadie. Está en manos de Teo, de él depende el futuro que le aguarda.

Cadáveres; durante este viaje ha visto varios en los arcones, pero la mujer es la única de cuya muerte ha sido testigo. Sucedió rápido, sin drama. Simplemente cayó y no se levantó más. Como si la tierra hubiese aspirado el alma en sus entrañas y dejado la corteza vacía.

¿Será capaz el alma de penetrar en esa tierra helada?, se pregunta Teo. Tal vez eso que había en ella simplemente desapareció. El alma se desvaneció, les ocurriría a todos ellos. En algunos ardía en un instante, se inflamaba igual que papel arrojado al fuego. En otros, como en la mujer, se consumía lentamente hasta las cenizas y se evaporaba con el viento propicio. Si de ella quedaba algo, eso era el muchacho. Solo Teo y Juho la recordaban. Y aunque de la mujer no conoce nada más que su muerte, sabe que la recordará más de lo que vivirá en el muchacho el reflejo de su madre. El niño es aún tan pequeño que no portará consigo los recuerdos mucho tiempo.

Cuando se haga un hombre, despertará con pesadillas nocturnas entre sábanas frías, húmedas de sudor, llamando a gritos a su madre, y no sabrá a quién llama.

—Con mejor tiempo, desde ahí se vería la iglesia —Löfgren interrumpe el pensamiento de Teo.

Cuenta que conoció al doctor Berg y vaticina que no será el único médico que muera ese invierno a causa de las epidemias.

—En ese sentido, los talleres de caridad son la solución adecuada. Hay que vincular a los pobres con su región de origen. Lo peor que puede ocurrir es que las hordas de mendicantes que ahora deambulan aumenten aún más.

—Y crecerán, desde luego.

—¿Cómo lograr hacerles entender lo desesperada que es esa posibilidad? —se lamenta Löfgren.

—Desesperada, seguramente, pero de todos modos es una posibilidad, tal y como has dicho.

—Tras ellos vienen los disturbios. También aquí han robado en el depósito de cereales comunal. Pero lo peor es el brote de tifus. Aunque los débiles por el hambre son los más propensos a enfermar, la enfermedad puede llevarse también a los sanos.

Löfgren explica que en la aldea funciona un taller desde hace casi dos meses.

—¿Es que allí las enfermedades no se propagan?

—Una de cada tres personas está enferma.

—¿Qué hacen en esos talleres?

—Artesanía.

—¿Y se vende?

—No precisamente. Y aunque se vendiera, no hay comida que poder comprar con el dinero. Pero es más sencillo mantener la situación bajo control si todos permanecen en el mismo sitio. Imagínate si todos esos enfermos anduvieran vagando por el país.

—Cierto. Le pido disculpas si he sonado duro. El destino del niño me ha puesto melancólico.

—Comprendo. Es bien cierto que en esta situación no existen más que malas alternativas. El pueblo está siendo puesto a prueba —dice Löfgren, y

sirve más ponche en la copa de Teo.

Al día siguiente cesa de nevar. Juho, sin embargo, se encuentra aún demasiado débil como para continuar el viaje. En su lugar, Teo acompaña a Löfgren a esquiar a un cercano cerro boscoso.

Desde la cumbre, el paisaje invernal bañado por la luz del sol parece hermoso. Toda esa miseria que ha imprimido su sello en la región ha desaparecido con la nevada. Teo contempla el paisaje boscoso que ondula en la lejanía bajo el cielo diáfano y se pregunta hasta dónde se extiende. Él se eleva por encima del bosque y vuela sobre las cumbres bajas, lagos helados y campos, en su linde se asientan casitas grises que la más diminuta brisa sepulta bajo la nieve. Sigue el cauce del río, sobrevuela una pequeña ciudad, red tejida por una araña a la que le falta una pata, en la que amarillentas agujas de abeto se han quedado alguna vez pegadas y se han convertido en casas. Luego, el bosque moteado de claros regresa hasta que en el horizonte se columbra el mar, en él se sumerge el continente oculto por la masa de hielo, y allí, en algún lugar de la punta de una península, está Helsinki. Teo desciende cerca de los tejados de las casas de piedra y el mar se libera de su manto, las placas de hielo se alzan como velas de pequeños botes pesqueros y una parte se disgrega, se eleva cual bandada de gaviotas sobre el mar abierto. Gira sobre Katajanokka y queda flotando en medio de las aves, cerca de la orilla, transportado por una brisa sobre el mar. Atisba desde allí a Matsson, sentado junto a la fachada de su casa y revisando las redes. De vez en cuando, golpetea la pipa contra una piedra y habla con Juho, sentado a su lado, atento a su tutor mientras aquel examina las redes. Matsson dice algo que hace reír al niño.

En la distancia los árboles parecen pequeños y aun así son tan enormes como aquellos junto a los que Teo está ahora. Y si en este universo los pinos son tan diminutos, ¿cuán pequeño será él con sus preocupaciones?

Le invade la misma sensación de insignificancia que siente al observar el mar abierto cuando hace viento. Y no es una mala sensación; de hecho, resulta liberadora.

La bahía de la ciudad vieja está helada. El viento levanta remolinos de nieve sobre los campos de Kumpula, pero en las proximidades de la ciudad los torbellinos no provocan una sensación tan desconsoladora como en el interior escasamente poblado.

Pasan junto a un grupo de desarrapados. Algunos se apartan hasta el terraplén, otros se quedan en medio de la vía y simulan no ver el trineo. Cuando el cochero dirige el caballo hacia ellos, amenazan con el puño y lanzan juramentos. En esencia, nadie se aparta. Tal vez han aprendido algo durante su peregrinaje: o avanzas indiferente por tu camino y no cedes ante nada, o habrás de vadear la nieve, apartado del paso de otros, e inclinarte, humilde, y tal vez ya no tengas fuerzas para regresar al camino y te quedes allí petrificado, igual que la esposa de Lot, que se convirtió en una estatua blanca.

Después de la nueva línea de ferrocarril que lleva al puerto, el terreno se transforma en roca cubierta de bosque. Por aquí y por allá se esparcen casas de madera bajas. A la izquierda quedan las villas, entre el camino y el mar. De las fábricas de Hakaniemi ascienden oscuras vetas de humo como arroyos en el cielo azul.

Teo se imagina que dentro de diez años ambas orillas de la calzada estarán repletas de viviendas. De una de esas casas saldrá Juho un soleado día de invierno como ese y caminará hacia alguna de las numerosas pequeñas fábricas que, según aseguró su hermano en una ocasión, se levantarán allí.

Dichoso, tan dichoso, Teo se sonríe con ironía ante sus pensamientos y los conduce dentro de una pequeña, humeante y oscura nave industrial, y allí encuentra a Juho, que hace un momento aún era un muchacho despierto. Ahora su porte se ha desplomado, está encorvado, es un hombre prematuramente viejo, uno más de los sin rostro, pálidos, que han pasado de niños a ancianos. Y aun así, en la fábrica esos desdichados estarían menos a merced del clima y los caprichos de la naturaleza que en sus miserables palmos de terruño, atrapados por el sombrío bosque inhabitado y las ciénagas que comienzan justo tras los sembrados.

Pasan junto a la garita de aduanas, vacía por el invierno. Nada más cruzar el Pequeño Puente, el cochero azuca al caballo y lo lanza a un poderoso trote. Teo se pregunta por qué la gente del campo siempre ha de

hacer lo mismo. El trineo se tambalea, pero a lo largo del viaje ya se ha acostumbrado al movimiento irregular y no se siente mal. Tampoco parece que el balanceo moleste a Juho, que con sus grandes ojos gris invierno bien abiertos observa admirado la barandilla que pasa a gran velocidad y el mar helado que se abre tras ella. No habla mucho, pero lo observa todo con curiosidad. Eso es bueno, piensa Teo, aleja los pensamientos de su madre.

En el barrio de Siltasaari, el cochero ha de aminorar la velocidad. Hay fábricas y talleres y la vida que traen consigo. Teo mira melancólico hacia el oeste; en algún lugar, allí, en la punta occidental de la isla, está la taberna donde hace años, siendo jóvenes bachilleres, se sentaba en su mesa de costumbre con Johan y Matías; gastaban la calderilla en los bolos, bebiendo y entonando cancioncillas de Bellman. Johan Berg ya no canta y a Teo ni siquiera se le ocurrió despedirse cantando algo de Bellman, sino esos mismos salmos deprimentes que ambos habían odiado tanto. Con aquel paisaje, en la tumba de Johan bajo el cielo gris, los salmos sí combinaban bien, pero hubiese podido alzarse contra el poder de aquel cielo entonando a Bellman. Mostrar con actitud desafiante que en medio de aquella miseria alguna vez había florecido la alegría, y que esa alegría no manaba de la fe en un paraíso en el más allá, sino de toda esa vileza y carnalidad para la cual Teo piensa que, al final, a pesar de todo, se vive.

Al llegar al Puente Largo, el cochero vuelve a apremiar con su grito al caballo y lo lleva al trote. Toma por obstáculos los asentamientos y todo lo que se mueve en el camino, todo lo que le impide a él y al caballo alardear de su paso impetuoso. Mejor haría el resto de la humanidad en agruparse en el arcén para admirar su velocidad. Teo desearía recordarle la diferencia que existe entre carruaje y médico, pero sabe que la consecuencia sería solo una mirada despectiva, el cochero lo tomaría por un cobarde. Y tal vez no anduviera por completo equivocado, eso Teo tiene que reconocerlo.

Se siente aliviado cuando por fin llegan a Siltavuori. En la ciudad, el cochero se empuja el gorro hacia atrás y guía el trineo con acentuada calma.

Lars sale a abrir la puerta en persona, la criada se encuentra en algún acto benéfico. Se fija en Juho y se agacha para examinarlo, perplejo. Con el cuello

echado hacia atrás, el muchacho le devuelve la mirada.

—¿Os lo quedáis?

Lars se pone de pie tan rápido que Teo teme que se caiga de espaldas. Da a entender que ha escuchado mal, como si su hermano hubiese dicho algo muy chistoso.

—¿Os quedáis al muchacho? —repite Teo perseverante—. En tutela.

Teo explica dónde y cómo lo encontró, todo lo que sabe de él. Mucho no es, pero sí más de lo que sabe Juho acerca de su trayectoria.

Cuando Lars consigue exhalar por fin el aire de sus pulmones, la expiración suena a objeción.

—Uno no se puede quedar con un niño así como así.

—Tampoco se le puede abandonar así como así.

Teo le pide que consulte a Raakel. Lars cree que la opinión de su esposa carece de importancia. Es él quien toma las decisiones en la familia. Por lo menos, las de ese tipo. Teo manda a su hermano que le pregunte también a su mujer por ese asunto.

—Venga, entrad —dice por fin el otro.

Están sentados en la sala, todos excepto Juho, que está de pie delante de la gran rosa china y mete un dedo en la tierra. Teo le explica a Raakel lo que hace un momento le contó a Lars. Ella observa a su marido largo rato. Teo se lleva al niño consigo al despacho de Lars. De la estantería saca *Las historias del alférez Stål* y muestra las ilustraciones a Juho, que las mira con fervor y deja junto a cada imagen su huella terrosa, que palidece página a página.

Cuando regresan a la sala, Lars aún parece dudoso. Pero en el momento en que Raakel se arrodilla junto al niño, la situación está clara.

Acaricia el cabello rubio de Juho y él ladea la cabeza con cada caricia.

—Mam-ma —dice Raakel, y se apunta a sí misma.

El niño la mira asombrado con sus pequeños ojos gris hielo, entonces el hielo se quiebra, Juho sonrío y por las mejillas de Raakel resbalan las lágrimas.

Abril 1868

De vez en cuando se oye de improviso el murmullo de algún reguero. La nieve se derrite. Las cruces de las sepulturas del parque de la iglesia vieja afloran, se asoman, ¿será ya el momento de salir para recordar lo efímero del ser humano en el ciclo de los años?

Lars Renqvist entra en el parque por la puerta de Bulevardi. Camina con las manos a la espalda y observa el cielo despejado. Su atención se fija luego en una bandada de gorriones y recuerda, el mes de julio del año anterior, a un gorrión que topetaba una moneda de cobre por el empedrado de la plaza del Senado. El pobre pájaro inclinaba la cabeza, trataba de agarrar aquel pedazo plano con el pico y, como no lo lograba, volvía a empujarlo.

—Adónde vas, Sísifo —había dicho el senador, y recogido del suelo la moneda de cobre de diez peniques. El pájaro había volado una corta distancia y había sacudido enfadado las plumas.

Lars y el senador habían censurado la despreocupación de las gentes, que sembraban dinero cual granos de cebada, como si las mieses crecieran entre los adoquines de la plaza. Entonces el senador había alzado la moneda y ambos la habían examinado a la luz del sol, la floritura de la letra A imperial, y el senador había mandado a Lars que prestara atención al hecho de que la moneda ya no centelleaba, había pasado por muchas manos, lo que en opinión del senador era solo señal de una cosa: del espíritu emprendedor de este pueblo, quién lo hubiera adivinado. En cierto modo, era una semilla, la semilla de la nación, la semilla de su prosperidad, había dicho el senador, luego le había palmeado el hombro con camaradería y entonces Lars había sido más feliz que nunca. Como Goethe y Eckermann, había pensado, así los recordarían. Ya nada podía salir mal, el verano por fin había llegado y la cúpula de la iglesia de Nikolai se bañaba de sol. A principios de junio circulaban rumores de que en el interior del país aún se conducía el trineo por encima de los lagos helados, parecía que el invierno no concluiría jamás. Los años malos se habían sucedido uno a otro, pero en ese momento, en julio,

Lars había sentido que todo experimentaría un cambio a mejor. También el centeno maduraría a tiempo. Entonces había llegado el otoño, demasiado pronto y, pisándole los talones, un invierno interminable.

Sin embargo, la primavera estaba aquí.

—Sois como el Senado, también ellos se pelean por el grano —le dice Lars al gorrión.

Da una palmada y trata de espantar la bandada, que ha empezado a interferir en su corriente de pensamiento. Ocupados en su reyerta, los pájaros no le prestan atención alguna. Lars se pregunta quién puede permitirse llevar linternas por el parque en tiempos como estos, cuando no parece hallarse ni un solo tallo de paja al que la gente corriente pueda aferrarse. Piensa en 1711, el año de la peste, y mira hacia el otro extremo del parque como si por allí avistara a un viejo conocido. Allí han sido enterrados cientos de muertos de aquella época. Las malas cosechas y las epidemias son las visitas habituales de este pueblo.

Dos años después de la peste, los rusos aniquilaron la ciudad, pero sus habitantes regresaron y la reconstruyeron. En el mismo sitio. Hemos sobrevivido a la peste y a la guerra, así que superaremos también este año, piensa Lars, pero en su cabeza escucha una voz que dice: nosotros tal vez, pero muchos otros no. Es la voz de Teo.

—Con el senador lejos, la Casa de los Estados está muerta —suspira a un gorrión, que de un salto picotea una cascarilla justo al lado de su zapato.

La advertencia, o la orden, dada por el gobernador general Adlerberg al senador de solicitar tres meses de excedencia significa la renuncia al Senado. Su carrera política está llegando a su fin y Lars lo sabe. El senador no está preparado aún. La primavera tal vez llegue este año a su hora, pero eso no significa nada. Bajo la nieve aflora una verdad desconsoladora: hasta bien entrado el otoño, al pueblo le van a practicar una sangría.

Lars se detiene en la esquina de la iglesia vieja. Inclina levemente la cabeza, como una marioneta movida por hilos invisibles. Levanta la vista sobre la cresta de la iglesia, hacia el cielo azul. Desde Katajanokka, del cuartel de marina, llega el sonido del cañonazo de mediodía.

El disparo de cañón se demora en las callejuelas de Katajanokka, buscando el camino por el laberinto hasta la bahía de la ciudad.

Bajo los pies de Teo se mezcla la nieve con el fango, huye del camino hacia la sombra de las casas, al abrigo de zócalos inexistentes, como si el crudo invierno buscara refugio en las mismas casuchas que hace un momento vapuleaba desde todas las direcciones. Pero las toscas barracas de Katajanokka lo resisten, siguen allí en pie, torcidas como los dientes de sus moradores.

El sol de primavera hiere, la nieve se derrite formando pequeños arroyuelos murmurantes a lo largo de las callejas. Tres niños colocan una rueda en el riachuelo más grande.

Si las fuerzas de la naturaleza no son capaces de arrojar al mar esas lastimosas viviendas, ¿qué fuerza las podrá derribar?

Matsson está sentado sobre una piedra delante de la puerta abierta de su barraca y llena la pipa. Teo repara en que ha adelgazado desde su último encuentro. Nuevas arrugas surcan su rostro. Es un pino que ha crecido cien años en la punta de una isleta, cada varapalo y pena dejan su impronta en el costado, pero eso solo consigue hacerlo parecer aún más fuerte.

Saara sale de la cabaña, arroja el cubo de desperdicios a un surco alargado que hace las veces de aguas residuales y regresa al interior. Si Matsson ha perdido peso, también a Saara se le ha ido de las mejillas la poca grasa que alguna vez quizá tuvo. Pero su embarazo se ha hecho aún más evidente. Su barriga es redonda, una colina que se erige tras un lago de agua cristalina.

En su última visita, Teo se había sonreído a sí mismo al pensar si habría que felicitar a Matsson por su descendencia. Este lo había mirado como evaluando qué cartas tenía en la mano.

—Los hielos se retiran —había dicho Matsson esa última vez, y le había contado que proyectaba hacerse al mar en cuanto comenzaran a salir los barcos. Teo había preguntado cuáles eran sus intenciones con Saara y justo de eso había querido Matsson conversar con él. La sonrisa había alcanzado a asomarse a medias en el rostro del médico cuando imaginó que el otro le

confiaría a su hijo en el momento de nacer, pero entonces recordó que él mismo se había acostado con Saara y calculó los meses.

—Tú vives solo. Podrías tomar a la muchacha como criada. Es una persona capacitada. Naturalmente no sabe hacer la comida fina de los señores, pero seguro que aprende.

Matsson había guardado entonces un momento de silencio y clavado la vista en los zapatos. Por la boca expulsó una fina estela de humo sobre las rodillas; su aspecto era indeciso.

—Y no le han gastado mucho el agujero —añadió con una sonrisa estúpida en los labios.

—Por qué habría de gastarse la calle cuando la pisan —respondió Teo, y trató sin éxito de sonar arrogante.

Matsson lo miró como un maestro a un oficial aún inmaduro que intenta hablar como un hombre.

—¿Y el niño? ¿Es tuyo? —preguntó Teo.

—Mío, tuyo... del polaco, cómo saberlo. En todo caso es suyo. Iguales son cuando nacen todos los niños del mundo. Otra cosa es si nace en una barraca o en una villa de piedra. Eso queda siempre en manos del señor. Y no necesariamente del señor del cielo, a veces puede influir un doctor.

La mirada de Matsson taladró un agujero en Teo a través del cual soplaba el viento del suroeste. Este comprendió que lo tomaba por el padre del niño y en su interior le enfurecía que el otro lo hubiera metido en la cama de Saara. Así las cosas, era completamente responsable, pero no se convencía a sí mismo. Reflexionó alarmado: por qué Matsson había permitido que la situación llegara tan lejos, por qué no había mandado a buscarlo ya en invierno, cuando aún hubiera podido hacerse algo. Por el agujero que había perforado, Matsson veía los pensamientos de Teo.

—Me la hubiese llevado a la que hace ángeles, pero lo adiviné y no consintió en acompañarme. Se resistió con fuerza.

Teo pensó en el escándalo que causaría si metiera en su casa a una criada embarazada. Y así había quedado entonces el asunto.

Ahora Teo carga con las escasas pertenencias de Saara en una pequeña maleta que él mismo trajo consigo. La muchacha camina detrás y no se anda con palabras innecesarias, lo que agrada a Teo. Pero en la nuca siente la mirada cálida de la muchacha e imagina que se trata solo del sol de primavera. En la plaza del mercado, tiene la impresión de que todas las cabezas con sombrero de copa se giran y observan su paso.

Teo le muestra a Saara las pocas habitaciones de su casa y promete conseguirle un diván al día siguiente, pero esa noche ha de dormir en su cama. Se apresura a añadir que él mismo se acostará en el sillón.

—Te va a doler la espalda sin necesidad —responde Saara.

Ella se sienta en el borde de la cama y abre la maleta, echa un vistazo dentro y la cierra de inmediato sin sacar ninguna de sus pertenencias.

Teo observa la calle, luego su reflejo en el cristal de la ventana. El carro del carbonero atraviesa la imagen. Una mujer se detiene y alza la vista al cielo.

Desde su regreso del funeral de Johan Berg, no ha vuelto a ir a ver a Cecilia. En marzo oyó que se había marchado. La señora dijo que había ido a San Petersburgo tras un rico comerciante, pero, según Teo, eso no es propio de ella. ¿Qué otro motivo hubiese podido existir para su partida? Se le ocurre uno, uno mucho más lúgubre.

Ha decidido no prestar atención a las habladurías que suscitará la aparición de una criada embarazada en su casa. De todas las maneras, no tiene futuro en esa ciudad. Más bien le apena por Lars, a quien los chismes afectarán más.

Se sienta a la mesa de su despacho, abre el diario y escribe: «Cuando todo haya pasado, cuando la situación se calme y los caminos no estén repletos de multitudes de mendigos, viajaré a Víborg y me estableceré allí. Y cuando el ferrocarril de Adlerberg esté terminado, subiré al tren e iré a San Petersburgo y buscaré a Cecilia.

»Qué ocurrirá, no lo sé. ¿Qué decirle? Si se confirman mis peores sospechas, ¿acaso hay algo que hacer? Tal vez pueda tratar de curarla. Aliviar su sufrimiento para que el final no sea tan doloroso.»

Saara continúa sentada en el borde de la cama y se acaricia el vientre. Va a ser madre, piensa Teo, y en ese momento regresan a su memoria la

mujer que murió en la planicie nevada y el muchacho que rescató. Juho ha aprendido a llamar «mam-ma» a Raakel, pero nunca dirá madre. Esa palabra está ausente, perdida en algún lugar distante de su mente. Alguna vez la exhalará en sueños y con ella brotarán el frío, el hambre y el cansancio para los que ni dormir sirve de alivio.

—Ha dado patadas, ven a tocar.

Teo posa la palma de la mano sobre el vientre. El bebé vuelve a patlear.

Tal vez el bebé añore ya la libertad que cree que hallará fuera del útero, piensa Teo, tal vez quiera escapar de las ataduras que le unen a su madre. ¿Quién le susurraría que la libertad real no existe? Cuanto más cerca de ella nos deslizamos, con más fervor buscamos a tientas aferrarnos a esas cadenas a las que nuestra mano alcanza. Corremos tras fuegos fatuos, cada uno llevado por su imperativo. La longitud de las cadenas nos señala los límites de la libertad, solo quien se ha resignado a su destino puede vivir sin prestar atención a esas cadenas. Las cadenas más pesadas de todas son nuestros propios anhelos. Cuando se amortecen, ya no hace falta tirar de ellas.

El senador

Su porte se ha hundido levemente, como si la pesada carga de la responsabilidad aún descansara sobre sus hombros. El senador mira a Lars Renqvist, que ha abierto la puerta, y piensa si su fiel subordinado siente culpabilidad por parecer más alto y más gallardo que él.

Sin embargo, cuando se acomoda en el sillón, el senador se pone derecho.

—Las obras del ferrocarril se están convirtiendo rápidamente en el proyecto de emergencia más devastador, tal y como pronostiqué —suspira.

La ligera sombra de una sonrisa altanera se abre paso a la fuerza en la comisura de sus labios y el senador repara en que aparece una idéntica en el rostro de Renqvist, del cual sin embargo pronto se apaga, y al tiempo también el senador piensa en el número de muertos, que se eleva a miles. El hambre y las epidemias cumplen su misión en las grandes masas humanas.

Y aun así, una voz débil pero enérgica en el interior de su cabeza le advierte de que el ferrocarril significa un paso adelante para esa tierra de parcelitas marchitadas por la helada. Es algo permanente, una base sobre la que se funda el progreso hacia la industria y el capitalismo. Algo más grande que los talleres de artesanía que él mismo promovía. Pero el viejo maestro de escuela que habita en su interior propina un puñetazo a la mesa, silencia esa clase de discursos y envía a la voz al rincón para que sienta vergüenza.

—Desde el punto de vista humano, va a salir demasiado caro —asiente Renqvist.

—Y no solo en términos humanos. No podemos situar la felicidad individual por delante del futuro de la nación. Y esos créditos... la economía del Estado no resistirá algo así. Habremos de pagarlos durante mucho tiempo.

El senador cierra los ojos y suspira profundamente.

—Dígame, Renqvist, ¿me toma usted por un hombre frío?

—No, absolutamente no. Es usted un visionario. El liderazgo exige una naturaleza inquebrantable y, en el Senado, ese carácter no se encuentra más

que en usted.

—Cierto. Si he estado rodeado por lobos o por ovejas, eso no lo sé. Alternativas reales a la gestión de la hacienda no ha habido. Nadie ha podido vaticinar esta clase de devastación. Si ahora me encontrara en la misma situación que hace un año, no haría nada de manera distinta.

Y, no obstante, siente culpabilidad. La culpa acude cada noche a sus sueños y él teme que lo acompañe hasta la tumba. Cada noche, la misma figura desharrapada y sin rostro se arrastra por un camino nevado y en ella reconoce el año pasado.

La puerta del salón se abre y entra Raakel con un niño pequeño de la mano. Los rayos de sol de mayo que penetran por la ventana iluminan la mitad del rostro surcado de arrugas del senador cuando este se gira hacia los recién llegados. Su expresión se torna más afable.

—Ajá, aquí está mi tocayo.

—Sí, nuestro Johan.

El pequeño viste un traje de marinero. A un niño con rizos de ángel le sentaría bien, pero este tiene el cabello fino, liso, y la ropa no puede ocultar sus facciones rústicas. Aun así, ha aprendido a usar traje. Las ojeras oscuras que mostraba cuando llegó a casa de los Renqvist todavía son visibles, pero solo como sombras tenues. La natural lividez de la piel ha cobrado una pizca de color y en sus pequeños ojos, al lado de la seriedad triste, ha aparecido un nuevo calor.

La mesa está puesta. Johan da las gracias cuando colocan frente a él un plato de porcelana. Toma primorosamente la cuchara en la mano, pero al comer la sopa del plato, su mirada se vidria y todo a su alrededor desaparece. Se lleva a la boca el caldo a cucharadas, con fervor, como si se tratara de la ceremonia del santo misterio.

—Pues bien, ahora ni oye ni ve —suspira Lars, avergonzándose del comportamiento del niño.

—Bueno, hace bien —se sonríe el senador, y se acaricia las patillas—. Hay que comer para tener fuerzas para estudiar y construir el futuro de la nación.

El senador toma la copa y el vino se derrama por el mantel. El rubor sube al rostro del anciano. Raakel se levanta resoluta, muestra una sonrisa

indulgente al avergonzado senador y vierte sobre la mancha una cucharilla de sal. La mancha de vino tinto queda oculta bajo cristalitos blancos que gradualmente se oscurecen.

Epílogo

El flanco de la barca ha cedido, no sobrevivió al invierno, las tablas no resistieron el peso de la nieve. Desde el hueco de su nido, un porrón osculado echa a volar sobre la fragmentada barca. El sonido al batir las alas se extiende por el lago hasta que el viento mezcla todos los sonidos en un silencio solo quebrado por el grito de cortejo de un solitario colimbo ártico.

Un hombre alto, delgado, está de pie en el borde del agua; deja que su mirada vague sobre las olas hasta la otra orilla. El viento hace oscilar su cuerpo apaleado por el hambre y la enfermedad, solo puede mantenerse de pie apoyado en un bastón. Luego los largos dedos finos se sueltan del bastón, que cae al suelo, al tiempo que un lucio colea en el juncal. El hombre se agacha con cuidado y se sienta en una piedra de la orilla. Se descalza, se quita el abrigo harapiento, la camisa y los pantalones y entra desnudo en el lago. El agua aún está fría, pero el hombre apenas lo nota, pues ya ha vivido el frío, uno tan inconcebiblemente grande que al final no era más que vacío.

Ha llegado el verano. A ese pensamiento se aferra, y espera que colme el vacío de su espíritu de modo que no quepa nada más. El colimbo ártico vuelve a chillar. El hombre se adentra en el lago y, cuando el agua le sobrepasa las rodillas, extiende los brazos y se deja caer hacia delante. El lago lo acoge; él se sumerge y se hunde lentamente hacia el fondo. Por un momento piensa que ya no subirá a la superficie.

Entonces comienza a nadar.

«El hambre es el primero de los conocimientos: tener hambre es la
cosa primera que se aprende.»

MIGUEL HERNÁNDEZ

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que
ha dedicado a la lectura de *El año del hambre*.
Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así
ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de
nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en
www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en
www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará
información completa y detallada sobre todas nuestras
publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para
hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Aki Ollikainen nació en 1973. En 2012, conquistó la escena literaria finesa con su extraordinario debut, *El año del hambre*, que ganó varios de los más importantes galardones finlandeses y fue finalista del Man Booker International, del Prix Femina y del Europese Literatuur-prijs. Ollikainen trabaja como fotógrafo profesional y reportero para un periódico local y vive en Kolari, en el norte de Finlandia. Es autor también de las novelas *Musta satu* (2015) y *Pastoraali* (2018).

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El año del hambre*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[La novena hora](#), Alice McDermott

[Morir en primavera](#), Ralf Rothmann

[La quinta esquina](#), Izraíl Méter